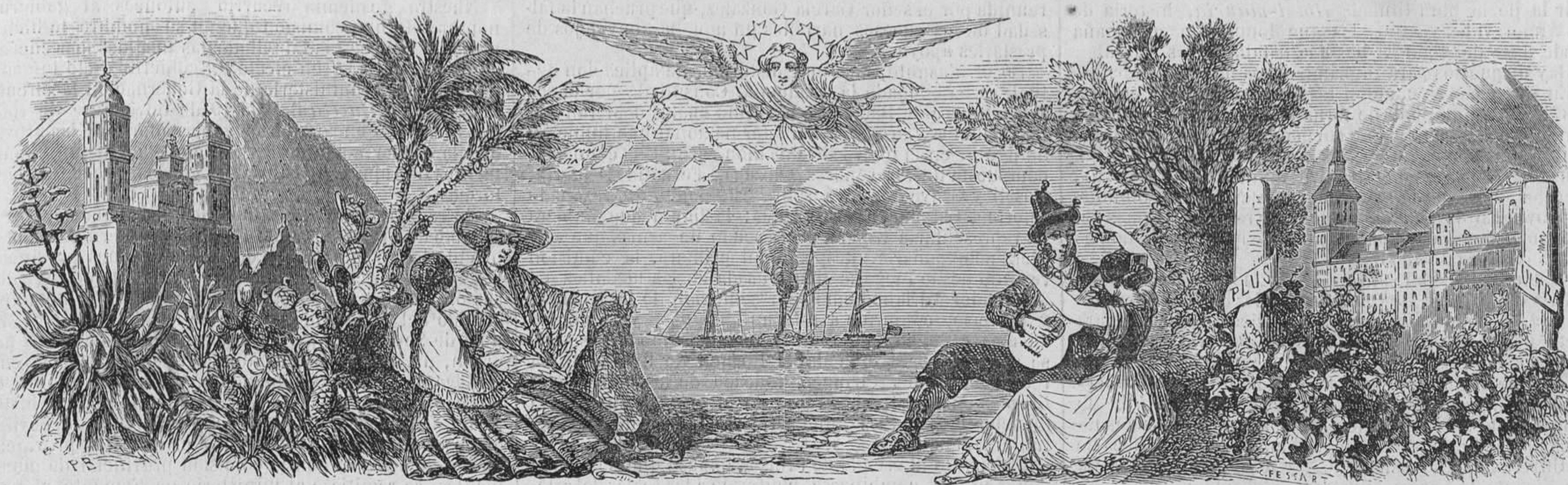


# EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



Al presente número acompaña el número 15 de la Moda.

1870. — TOMO XXXVI.

EDITORES-PROPIETARIOS: X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

AÑO 29. — N° 916.

Administración general, passage Saulnier, número 4, en Paris.

## SUMARIO.

**Academia de la Historia.** — Consejo de ministros presidido por S. A. el Regente en la Granja; grabado. — Poetas líricos del siglo XIX. — Retratos del general Prim y del príncipe Leopoldo de Hohenzollern; grabados. — Revista de París. — Poesías. — El Alto Tribunal de Justicia en Blois; grabados. — El Doctor Témis, novela original escrita por don José María Angel Gaitan. — Los incendios de las Landas; grabados. — Escenas de la vida inglesa. — El salón de los Estados en el palacio de Blois; grabado.

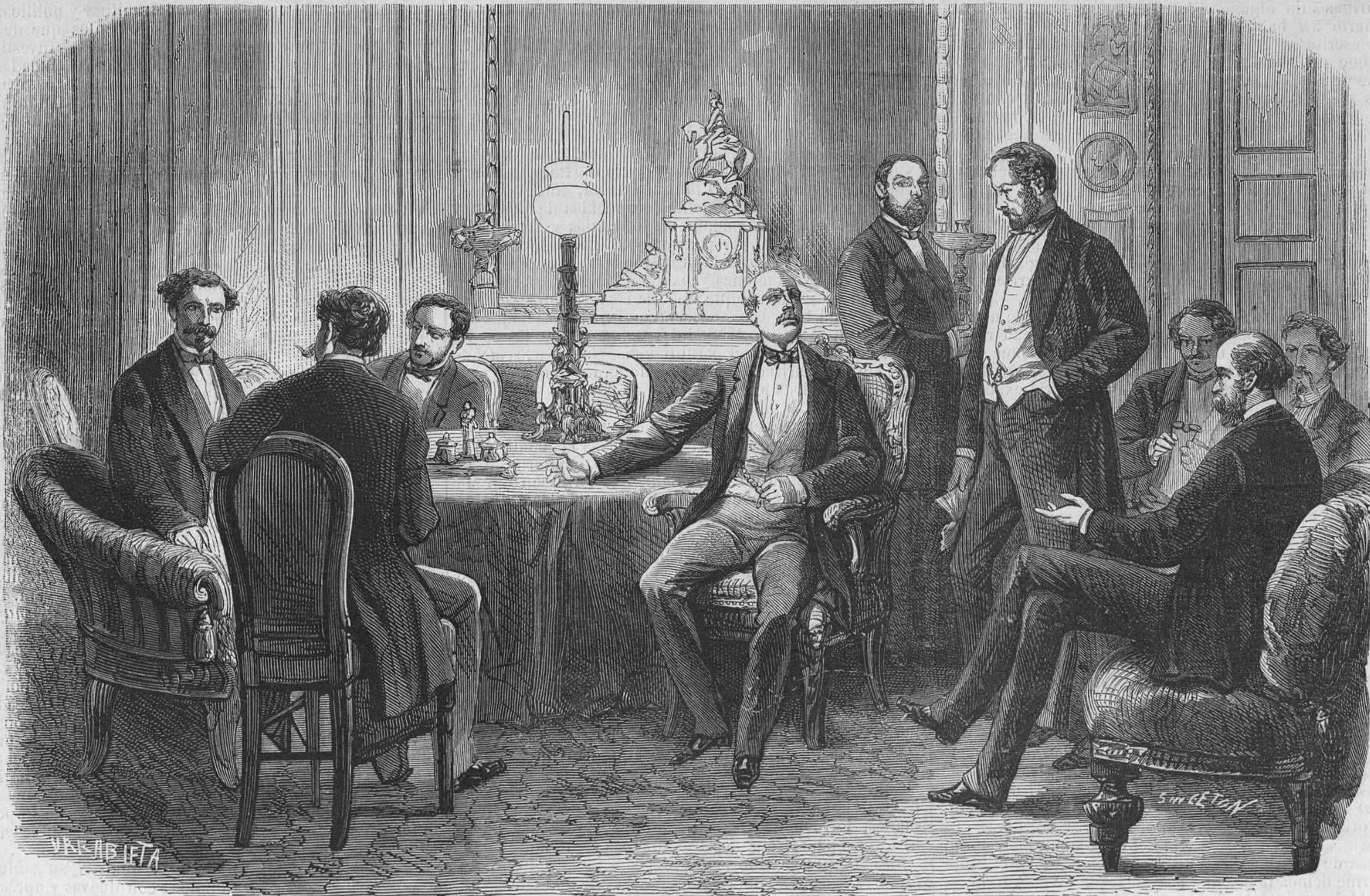
## Academia de la Historia.

NOTICIA DE SUS ACTAS LEIDA EN JUNTA PÚBLICA DE 26 DE JUNIO ÚLTIMO POR EL EXCMO. SEÑOR DON PEDRO SABAU, ACADÉMICO DE NÚMERO Y SECRETARIO.

Señores: Celebramos hoy junta pública para solemnizar el aniversario de la fundación de la Academia, como lo disponen sus estatutos, honrando en ella la memoria de un personaje histórico español, con la lec-

tura y publicación de un elogio digno de su fama. Esta importante tarea está confiada en el corriente año al dignísimo académico, el señor don Fermín Caballero, á quien con grande interés espera oír la ilustrada concurrencia que nos favorece en este acto. Pero me veo yo obligado, por razón de mi cargo, á ocupar antes su preciosa atención por breves momentos para dar noticia de las actas y acuerdos del cuerpo.

La Academia ha continuado con la perseverancia que tiene de antiguo acreditada por la multitud de sus publicaciones los trabajos propios de su instituto, encami-



ESPAÑA. — Consejo de ministros presidido por S. A. el Regente, en la Granja.

nados á ilustrar bajo todos aspectos, con nuevos estudios, documentos y crítica, la grande historia de nuestra patria.

Ha publicado la *Historia crítica de los falsos cronicos*, obra premiada en el concurso de 1868, y escrita por don José Godoy Alcántara.

También ha hecho imprimir los pliegos 4º al 49 de la crónica árabe de *Ebn-Al-Kotiba*, docto cordobés que murió en el año 977, á cuya publicacion deberá seguir la de la obra titulada *Holol-mauria*, historia de los Almoravides y Almoades que dominaron en España desde fines del siglo XI hasta la batalla de las Navas.

Hay dispuestos para imprimir otros muchos trabajos. En esta clase se cuentan los ordenamientos y cuadernos de Cortes que han de formar el tomo IV de tan importante coleccion. Se han cotejado para obtener el texto genuino las copias que posee la Academia con los originales conservados en el archivo municipal de esta villa y en los de la iglesia primada, ayuntamiento y biblioteca provincial de Toledo, habiéndose recibido además del archivo general de Simancas una copia exacta de las Cortes de Toro de 1505.

Concluida hace años la impresion de la *Historia de Indias* del capitán Gonzalo Fernandez de Oviedo, dispuso la Academia reunir los MS. códices necesarios para hacer una edicion completa de las *Batallas y Quincuayenas* del mismo autor. Habíanse ya hecho determinados cotejos de diversos MS. de esta obra, cuando merced á la diligencia del laborioso académico don Vicente de la Fuente se tuvo noticia de dos tomos no consultados hasta ahora, y existentes el uno en la Biblioteca de la Universidad de Salamanca, y el otro en poder de don Vicente de Larrea, ilustrado abogado y vecino de Calatayud. Aquella Universidad nos remitió al momento una relacion de los nombres de los sugetos sobre los cuales versan los diálogos del tomo allí conservado, y despues el tomo mismo, y el señor Larrea ha facilitado el suyo para que se pueda confrontar y copiar los diálogos en él comprendidos. Se espera así completar los cotejos y disponer la obra para la imprenta.

Se ha ocupado la Academia en otros trabajos de historia antigua, de la edad media y moderna, y aun de la actualidad, de que debemos hacer alguna mencion.

El primero al cual dió lugar una erudita Memoria remitida por nuestro entendido correspondiente en Tarragona, el señor Hernandez y Sanahuja, es de geografia antigua y relativo á los *verdaderos limites de la Edetania, de la Hergavonia y de la Cossetania*. La Academia deliberó sobre la opinion de aquel ilustrado correspondiente y la del anticuario del cuerpo el señor don Aureliano Fernandez Guerra, quien exponiendo el asunto, despues de manifestar que el intento del señor Sanahuja es probar que así como el Júcar era limite de la Contestania y de la Edetania, lo eran de esta y de la Hergavonia el Mijares; de los Hergavones y los Cossetanos, el Ebro, y de la Cossetania y la Lacetania, el Llobregat, no quedando en aquellas marinas sitio alguno á los Hergetes; y que para sostenerlo así habia que variar y retocar los pasajes de los escritores griegos y romanos relativos al asunto, lo que no se podia hacer sin grave fundamento y sólida prueba; discurrió largamente acerca de los citados pasajes, que pueden apoyar la opinion contraria, proponiendo finalmente que se publicase, como lo merecia, dicha Memoria, y que mientras llegaba este caso se remitiesen las observaciones indicadas al señor Hernandez Sahanuja, como testimonio del aprecio con que habia sido vista su Memoria y analizada una cuestion digna de ser ilustrada por todos los medios.

Otro interesante objeto del examen de la Academia ha sido un pequeño monumento de la antigüedad cristiana, presentado por el señor don Ramon Barros Sivelo, correspondiente de la Academia de la Coruña. Es aquel una alhaja de carácter religioso, compuesta de una varilla, que tiene por un lado un anillo, y en su remate opuesto la figura de una paloma, todo de bronce, y fué hallado en los Codos de Loranco, distrito judicial de Tribes, provincia de Orense. El señor anticuario examinando detenidamente el anillo con la paloma, descubre en este objeto un portapaz de los primitivos tiempos cristianos, cuyo uso comenzó á fines del primer siglo, y habia cesado ya en tiempos de Tertuliano por haberse sustituido el de dar á besar la patena á los fieles en la misa. Esta opinion, comprobada por el señor anticuario con gran copia de datos y textos, ha sido confirmada por otros votos muy respetables.

También ha llamado la atencion de la Academia otro hallazgo, de especie muy diferente, de una relacion de la muerte del príncipe Don Carlos, hijo de Felipe II, de que dió noticia y despues remitió copia el señor don Manuel Garcia Gonzalez, antiguo archivero de Simancas y nuestro correspondiente, acompañándola con una coleccion de copias de documentos relativos al mismo asunto, fielmente sacada de los originales existentes en dicho archivo.

Aquella relacion no es sino una copia manuscrita que, segun manifiesta el señor Garcia Gonzalez, se halla en poder de un vecino particular de un pueblo, cuyo nombre no menciona, y que se dice sacada de otra copia que don Julian Martinez de Arellano hizo en 1681 de un original que dijo estaba en poder de fray Domingo Agustin, del orden de Santo Domingo.

La Academia examinó esta copia de supuesta historia, acerca de la cual los señores Rossell y Fort leyeron un informe demostrando que por mas que se asegurara en la relacion que esta habia sido obra de fray Juan de

Avilés, no era sino invencion posterior en un siglo, no siendo la forma propia ni aun posible en la persona á quien se atribuye, ni el lenguaje de la época, ni mucho menos adecuadas, sino extrañas y ridículas, las fórmulas forenses y la ritualidad judicial en que está escrita, siendo su falsedad conocida, y concluyendo por ello que el llamado hallazgo de semejante obra no debia considerarse como tal ni tenia importancia alguna, y si por el contrario, mucha la coleccion de copias de documentos reunida por el señor Garcia Gonzalez, que prueban la falsedad de los sucesos narrados en aquella, muy lejos de prestarles apoyo.

En otro asunto, mas que histórico, de aplicacion actual, se ha ocupado la Academia. Consultada por el señor ministro de Hacienda, examinó cuáles debieran ser los atributos y armas de carácter nacional que hubieran de figurar en el nuevo sistema monetario. Una comision, compuesta de los señores Olózaga, Fernandez-Guerra, Rosell y Saavedra, leyó sobre este objeto un razonado informe, reducido á dos puntos: la figura que hubiera de representar á España y el escudo de armas que debiera acompañarla. Respecto del primero, la comision recordó desde luego la figura usada en las medallas del emperador Adriano como representacion de la España; y propuso, conforme á este antiguo uso, y siguiendo además el ejemplo de otras naciones modernas, que se adoptase para moneda la imagen de una matrona recostada en los Pirineos, rodeada de los mares, con los piés en el Estrecho, ramo de oliva en la mano y la diadema en la cabeza, que seria el símbolo de la soberanía nacional.

En cuanto al escudo de armas, expuso que se debian poner en él y combinarse, conforme á las reglas del arte, las de los diversos reinos de España con sus gloriosos recuerdos, y las columnas, que señalan haber abierto á la civilizacion nuevos caminos y mundo. Así lo estimó la Academia y lo aprobó el gobierno.

Por el ministerio de Estado se le preguntó también sobre el color que debiera tener hoy la escarapela nacional, si el que se ha usado hasta ahora hubiese sido solo propio de una familia real ó dinastía. Y examinado el asunto por una comision compuesta de los señores Gomez de la Serna, Cánovas y Lafuente, presentaron estos señores académicos un informe, en el cual, despues de hacerse cargo de las diferentes acepciones de la palabra *escarapela*, de su origen, de su color y de su uso en los ejércitos y por los particulares, manifestaron que al adoptarse la escarapela hasta aquí usada en España se siguió rectamente la tradicion nacional, y que debian proponer, sin vacilar, que se prefiriesen á cualesquiera otras la escarapela y la bandera que se usan; la primera, puesto que es de un solo color, roja, por ser el color principal de la bandera de España en todos conceptos; y la segunda, de dos colores, y el otro el del mejor metal que puede haber en cualquier escudo, y hallarse á un tiempo en los de Castilla, Aragon y Navarra.

Añadieron que la bandera, y mas todavía la escarapela usadas, representan para los españoles muchas glorias nacionales que no pertenecen á ninguna época sola, ni á ninguna escuela política determinada, sino á la España entera; opinando por lo tanto que no debia hacerse en esto ninguna variacion. La Academia lo juzgó de la misma manera, y en este sentido elevó su dictámen al gobierno.

Otras muchas consultas dirigidas por el ministerio de Fomento han dado lugar á importantes trabajos sobre antigüedades: sobre las del anfiteatro de Itálica, las de Mérida, de Numancia, Clunia, Uxama, Augustobriga, Lancia y otros puntos notables, conocidos de antiguo ó descubiertos modernamente, en los cuales se ha pretendido muchas veces por personas particulares, con gran celo sin duda, pero sin la prevision y concierto necesarios, hacer excavaciones y exploraciones. La Academia propuso al gobierno que deberían prescribirse ciertas reglas, y en todo caso observarse las disposiciones de los artículos 17, 19, 24 y 25 del reglamento de las comisiones provinciales, no permitiéndose hacer excavaciones sin la autorizacion competente en los montes y propiedades del Estado.

Y para que se pudiera establecer un plan general de conservacion y de exploraciones en su caso, propuso, y así se mandó por el gobierno, que todas las comisiones provinciales de monumentos históricos, conforme á lo que está prescrito en su reglamento, formasen y reuniesen relaciones detalladas de los despoblados antiguos de su respetivo territorio. Así lo han cumplido ya algunas de dichas comisiones, y se espera que lo cumplirán las restantes, con lo cual se tendrá una base segura para proceder con acierto en las exploraciones que han de hacerse en adelante.

También ha pedido el gobierno francés informes sobre la conservacion de los edificios históricos que la Academia ha dado con el interés que le inspira este otro objeto de su instituto, tan importante para la historia del país como útil para todas las artes. En ellos ha tratado extensamente del mérito histórico y artístico de la Cartuja de Miraflores, de San Pedro de Cerdeña, de Santo Domingo de Silos, de los monasterios de San Millan de Yuso y de Susu, del convento de Santo Tomás de Avila, de los monasterios de San Juan de la Peña, Monte Aragon y Sigena, de la Cripta de Leyre, enterramiento de los reyes de Navarra, del castillo de los Güzmanes, torreón de Guzman el Bueno, y demás sitios históricos de Tarifa y de otras muchas localidades.

El gobierno ha oido siempre propicio la opinion de la Academia, dictando providencias encaminadas á la conservacion de los monumentos históricos y artísticos.

Ha habido que lamentar, sin embargo, en los momentos de trastornos, como en tal ocasion sucede casi siempre en todos los países, la destruccion de muchos restos de aquella clase. Las comisiones provinciales levantaron con gran celo su voz ilustrada contra tales profanaciones de los gloriosos recuerdos de nuestra antigua cultura; pero por desgracia sus esfuerzos y el apoyo que les prestaron esta Academia y la de San Fernando no siempre fueron suficientes á impedirlos.

Nuestra Academia recurrió entonces al gobierno, nombrando una comision que en su nombre le hiciera presente la necesidad de dictar las medidas mas eficaces en esta materia. Y en efecto, el gobierno dictó inmediatamente por el ministerio de la Gobernacion la circular inserta en la *Gaceta* del día 19 de noviembre de 1868, por la cual se encargó á los gobernadores de las provincias la conservacion de los edificios que fuesen monumentos de riqueza artística ó de gloriosos recuerdos históricos.

No remedió esta órden todos los males que se experimentaban, pero los aminoró. El gobierno, además, oyendo las reclamaciones de las comisiones provinciales y de esta Academia y la de San Fernando, repitió sus órdenes en muchos casos; y en el muy notable y sentido del comenzado derribo de la iglesia de San Miguel de Sevilla, dirigió en 9 de noviembre de 1869 una órden, de que se nos comunicó traslado, por la cual el Regente del reino, teniendo en cuenta el informe de la Academia acerca de la restauracion de la parte histórica y artística de la iglesia de San Miguel de Sevilla, dispuso que por el gobernador civil de la provincia, puesto de acuerdo con la comision provincial de monumentos, se remitiese al ministerio de Fomento el presupuesto de las obras mas indispensables para resolver en su vista.

La Academia tiene la satisfaccion de publicar con justo elogio estas disposiciones.

Cumpliendo otro de los objetos del instituto, que es fomentar los estudios históricos por medio de concursos á premios, anunció la Academia desde 30 de junio de 1867 para el de 1869 el siguiente asunto: «Bosquejo histórico-crítico de las instituciones sociales, políticas y civiles de España desde la invasion de los pueblos del Norte en el siglo V hasta la de los árabes en el VIII, deducidas de los monumentos que han llegado á nosotros.» Dentro del plazo prefijado se recibió una sola Memoria señalada con el lema *Plus ibi boni mores quam alibi bonæ leges faciunt* (Tacito). Comunicada para su lectura á los señores académicos, y habiéndose procedido á calificarla en junta de 30 de abril de 1869, la Academia no la consideró tan perfecta como era de desear, y no habiendo, en su juicio, lugar á adjudicarle el premio, acordó prorogar por dos años el término del concurso, y que así se publicase en la forma conveniente, como se ejecutó en la *Gaceta* de 19 de mayo de aquel año.

Para el concurso de 1870 se habia anunciado en el mismo día 30 de junio de 1867 este otro tema: «Viriato: su vida y hazañas: su significacion militar y política. — Exámen crítico de los textos y monumentos que deben ilustrar la historia de este capitán insigne. — Investigaciones geográficas acerca de los territorios, ciudades y castillos que se mencionan con ocasion de las campañas de Viriato.» Tampoco se recibió sobre este asunto mas que una Memoria con el lema, tomado del texto de la misma, pág. 162, que dice: «Viriato, triunfante de las mas rudas pruebas, podia considerar realizada la empresa de constituir un gran pueblo independiente, siendo el fundador de la nacionalidad española.» La Academia, apreciando los trabajos del autor, juzgó como en el caso anterior que no eran suficientes para poder adjudicarle el premio, y acordó prorogar también este asunto para el año de 1872.

Otro concurso extraordinario se ha celebrado. Restablecida por el gobierno provisional en 12 de noviembre de 1868 la ley de 30 de enero de 1856, relativa á la ereccion de un monumento cívico-religioso en los campos de Vergara que perpetuase el Convenio en ellos realizado en 1839, se encargó por el gobierno á la Academia en 18 de febrero de 1869 que se publicase, señalando el menos tiempo posible, el programa propuesto por la Academia y aprobado por el gobierno en mayo de 1856 para premiar la mejor Memoria histórica sobre aquel memorable suceso. En Academia de 12 de marzo se acordó que se publicase de nuevo el programa anunciado en aquel año, sin mas alteracion que la de reducir á seis meses el término que se concedió entonces. Publicóse el programa en la *Gaceta* de 30 del mismo mes, señalando plazo para la admision de Memorias hasta el 15 de setiembre. Dentro de este término se recibieron dos con los siguientes temas: Una: «Vergara. Paz entre hermanos.» Otra: «*Amicus Plato, sed magis amica veritas.*»

Se comunicaron para su lectura á los señores académicos, y se leyeron además en las academias del 1º y 22 de octubre, 5 y 26 de noviembre, 3 y 10 de diciembre de 1869. Procedióse despues á calificarlas en las academias de 28 de enero y 4 de febrero de 1870; y considerando la Academia, así el objeto de la ley y del premio como el carácter y las condiciones que debia reunir una obra destinada á perpetuar la memoria de tan glorioso acontecimiento, declaró que las Memorias presentadas no correspondian á aquel objeto ni á su importancia, no habiendo lugar por tanto á la adjudicacion del premio, y que así se comunicase al gobierno.

La Academia ha enriquecido sus archivos, su gabinete de antigüedades y su biblioteca con nuevas y apreciables adquisiciones. La relacion de estas, dado que no



EL PRINCIPE LEOPOLDO DE HOHENZOLLERN

príncipe Leopoldo, tomó un día una resolución heroica, cedió en 1850 sus Estados á la Prusia bajo la condicion de obtener un puesto principal en la corte de Berlin.

El rey de Prusia concedió, en efecto, al príncipe Antonio el título de Alteza Real y la categoría de príncipe segundo de la familia real.

El padre es general y su hijo el príncipe Leopoldo es coronel.

Hé aquí los datos biográficos que da un periódico sobre el que ha sido candidato al trono de España:

« Llámase, dice, Leopoldo, Estéban, Carlos, Antonio, Gustavo, Eduardo, Thasilo, Hohenzollern-Sigmaringen, y nació el 22 de setiembre de 1835, teniendo en la actualidad treinta y cuatro años, ocho meses y quince días.

Casó Leopoldo en 12 de setiembre de 1864 con Antonia, María, Fernanda, Micaela, Gabriela, Rafaela, Ana, Gonzaga, Silvinia, Julia, Augusta de Braganza y Borbon, duquesa de Sajonia, que nació el 17 de febrero de 1845, y que es hija tercera de Don Fernando y de doña María de la Gloria II, reina que fué de Portugal. De forma, que Antonia María, la casada con Leopoldo,

es hoy, despues de haber muerto Don Pedro, último rey, la hermana mayor de Don Luis, actual rey de Portugal.

Del matrimonio de Leopoldo con Antonia María han resultado hasta ahora tres vástagos, que son:

I. Guillermo, Augusto, Carlos, José, Fernando, Pedro, Benito, nacido en el castillo de Benrath, residencia paterna, el 7 de marzo de 1864, á quien por ser el mayor de edad, le correspondiera el principado de Asturias, si sus padres son proclamados reyes.

II. Fernando, Victor, Alberto, Mainrad, nacido en Sigmaringen, el 24 de agosto de 1865.

III. Carlos Antonio, Federico, Guillermo, Luis, venido al mundo el 1º de setiembre de 1868.

Leopoldo es hijo de Carlos Antonio, Joaquin, Ceferino, Federico, Mainrad, príncipe de Hohenzollern-Sigmaringen, burgrave de Nuremberg, conde de Sigmaringen y de Veringen, conde Berg, señor de Haigerloch y de Woehrstein, nacido el 7 de setiembre de 1814, quien sucedió á su padre en el ya expresado principado, por cesion que le hizo en 27 de agosto de 1848. Año y medio despues, ó sea en 7 de diciembre de 1849 abdicó

á su vez en el rey de Prusia, recibiendo por real orden de 20 de marzo de 1850, el título de Alteza con las prerrogativas de príncipe heredero; y por decreto real de 18 de octubre de 1861 el título de Alteza Real, general de infantería, gobernador militar de las provincias Rhiniana y de Westfalia, jefe del primer regimiento de infantería prusiana de Magdebourg, núm. 26; jefe del regimiento de fusileros de Hohenzollern, número 40, presidente de la comision de ingenieros y miembro hereditario de la Cámara de señores de Prusia.

La madre del príncipe Leopoldo, que casó con el príncipe Carlos Antonio en 27 de octubre de 1834, nació en 21 de octubre de 1813, y lleva por nombre Josefina Federica Luisa.

Abuelos paternos. El príncipe Carlos Antonio, padre de Leopoldo, es hijo del príncipe Carlos Antonio, Federico, Mainrad, nacido en 20 de febrero de 1785, y muerto el 11 de marzo de 1853, y de María Antonieta Murat, nacida en 5 de enero de 1793 y muerta en 19 de enero de 1847.

Abuelos maternos. Josefina, madre del príncipe Leo-

poldo, es hija de Carlos, Luis Federico, gran duque de Baden, y de Estefanía, Luisa, Adriana, Napoleona, vizcondesa de Bearnais, hija adoptiva del emperador Napoleón I. »

### Revista de Paris.

¡La guerra! Hé aquí el acontecimiento que absorbe por completo la atención de Paris, como también la de Francia y del mundo entero. Ya es cosa decidida, las dos grandes potencias, Francia y Prusia, van á entrar en campaña, y « la lucha será seria, » como dijo el emperador Napoleón III al Senado, que fué á ofrecerle el homenaje de su adhesión y su simpatía en este instante solemne. Desde el día en que se hizo la declaración en el Cuerpo legislativo de que no había otro modo de arreglar las diferencias con la Prusia que apelando á los ejércitos, Paris se encuentra como poseído de una especie de vértigo. Las manifestaciones patrióticas se suceden todas las noches con una animación, con una afluencia de gente que rara vez hemos visto ni aun en esas fiestas que de tiempo en tiempo hay en Paris y que por su carácter extraordinario ponen en conmoción aun á los habitantes más sedentarios y menos callejeros.

Es preciso haber visto los bulevares en las tres últimas noches de la semana que acaba de pasar para formarse idea de lo que podía ser el espectáculo á que nos referimos. Los que han asistido á estas manifestaciones las recordarán eternamente.

Este movimiento de la opinión en un solo sentido dice mucho en favor de los parisienses.

Antes de la declaración de guerra había divisiones, como las hay siempre en Francia y en todo el mundo cuando se suscitan cuestiones de tanta gravedad: unos defendían la paz, otros clamaban por la guerra; pero conocida la resolución del gobierno, toda divergencia desaparece y las opiniones más encontradas se reúnen y se confunden en el mismo sentimiento: el amor á la patria, el deseo de que triunfen en Prusia las águilas francesas.

Durante el día las demostraciones tienen poca importancia. Se reducen á despedidas más ó menos estrepitosas en el ferrocarril del Este, que es la línea principal por donde se envían tropas á las fronteras.

Los grupos populares aclaman á los soldados y les recuerdan las guerras de Italia ó de Crimea.

Pero llega la noche y desde las ocho y media la multitud, esa multitud imponderable, que repetimos con toda verdad no haber visto nunca, se apodera de los bulevares.

Los cafés no se invaden, se toman por asalto, y cuando ya están ocupados los establecimientos públicos, los bancos de las aceras, las sillas, hay todavía curiosos que hacen observatorios de los árboles.

Y á todo esto las oleadas continúan, y como ya no hay puesto vacante en esa inmensa aglomeración que obstruye completamente las anchas aceras de los bulevares, la gente comienza á extenderse en la calzada, y en pocos instantes los carruajes, en tres ó cuatro hileras de frente, se quedan también paralizados.

Hé ahí los espectadores; veamos ahora el espectáculo.

A lo lejos se oye la canción patriótica la *Marsellesa*, que hoy se canta en todas partes, en las calles, en los cafés y en los teatros.

Poco á poco, abriéndose paso milagrosamente entre la multitud, aparece un grupo cantando como hemos dicho y victoreando á la Francia.

— ¡A Berlin! gritan unos.

— ¡Abajo los prusianos! contestan otros.

Y los espectadores mezclan sus gritos con los manifestantes y mientras pasa el grupo el clamoreo toma proporciones inauditas.

Esta escena se repite á cada instante hasta las doce de la noche.

Los grupos de manifestantes con banderas desplegadas, cantando y gritando como hemos dicho, se suceden como en una fila interminable.

En otros barrios de Paris sucede lo mismo que en los bulevares, sobre todo en el barrio latino, donde los estudiantes se distinguen por su entusiasmo.

Este movimiento inusitado de la población de Paris durante la noche no dejaba de ofrecer sus inconvenientes, y el principal de todos ellos era que degenerase en tumulto y produjera escenas deplorables.

El prefecto de policía se ha apresurado á tomar medidas para evitar tales percances y ha dirigido á los habitantes de Paris las siguientes líneas:

« En estos últimos días la población parisiense ha querido afirmar su patriotismo con manifestaciones en la vía pública.

« En el momento en que nuestros soldados marchan á la frontera, y después de esta expresión del sentimiento nacional, es de desear que la capital vuelva á tomar su aspecto acostumbrado y manifieste con su calma toda la confianza que la anima.

» El prefecto de policía pide, pues, á los habitantes de Pa-

ris que se abstengan de hacer demostraciones que no pueden prolongarse más sin inconveniente. »

Los parisienses han escuchado esta súplica tan razonable, y aunque siempre acude gente á los bulevares y siempre aparecen las bandas patrióticas, todo esto es en proporciones más limitadas, y por consiguiente sin peligro alguno para la tranquilidad pública.

La gran masa de los espectadores ha tomado el partido de dirigirse á los Campos Elíseos, donde encuentra en los cafés-conciertos una diversión de circunstancia.

No se escucha nada más que la *Marsellesa* ó la canción de los *Girondinos* ú otro cualquiera de los himnos que se han compuesto estos últimos días para variar algún tanto el repertorio.

Excusado será decir que nada puede reemplazar á la *Marsellesa*; pero lo nuevo tiene siempre atractivos, y como todas las novedades líricas á que aludimos se han inspirado en un ardiente amor á la Francia y en un deseo no menos vigoroso de vencer á los prusianos, todas ellas obtienen grandes y prolongadas palmadas.

Entre todas ellas se distingue el canto patriótico, que con el título de *Guerra á la Prusia!* han compuesto M. Oscar de Poli y M. de Gaston de Lille: es de una inspiración belicosa muy señalada, y la música expresa perfectamente el sentido de las palabras. Así es que no le faltan los aplausos.

Entre tanto, no hay para qué decir si se hablará de los nuevos perfeccionamientos introducidos en las armas.

Los diarios vienen llenos de descripciones sobre los instrumentos de destrucción que poseen los ejércitos franceses.

Se hacen comparaciones entre los resultados que se obtienen con el fusil de aguja y con el chassépot; y sobre todo se habla más que nunca de las ametralladoras, esa novedad misteriosa, de la que se esperan prodigios en los campos de batalla.

Entre las últimas invenciones, se citan dos particularmente, que en estos tiempos tan belicosos merecen los honores de la crónica.

La primera es contra los buques, y se debe á un ingeniero francés.

Parece ser que el nuevo instrumento tiene trescientas veces la fuerza de la pólvora de cañón, y no ofrece peligro alguno en su manejo, porque no es de una combustión fulminante.

La nueva sustancia se quema al fuego sin hacer más ruido que el que haría una hoja de papel, y no estalla aun cuando sufra los choques más violentos.

La segunda es una bala de cañón de efectos asfixiantes, que describe de esta manera el periódico el *Figaro*:

« Este proyectil, dice, tiene la propiedad de soltar cuando arde un gas deletéreo que produce inmediatamente un efecto sofocante.

» Se han hecho experimentos en Gaore, cerca de Lorient, sobre unas arcaas en cada una de las cuales habían encerrado un animal vivo; y cuando después de cada disparo iban á examinar el resultado producido, encontraban al animal muerto, sin que ofreciera una señal aparente de combustión.

» Los gases que se sueltan durante la combustión tienen una influencia tan efectiva y persistente, que era imposible permanecer en una de las arcaas consagradas á los experimentos, aun veinte minutos después que habían hecho el disparo. Bastaban cuatro ó cinco minutos en el arca para sentir los síntomas de la asfixia. Este hecho es tanto más curioso y más notable, cuanto que el agujero practicado por el proyectil ofrecía al aire un medio de renovarse.

» Esta bala asfixiante, que ha sido inventada por un farmacéutico de Lorient, no se ha embarcado en los buques de la escuadra, sino para los casos de apuro. »

Hé aquí las únicas noticias de interés que puede dar hoy la crónica parisiense.

Con este movimiento Paris presenta en el día una transformación completa.

Por todas partes no se ve más que soldados que esperan la hora de la marcha, y los cuarteles de la capital se van á encontrar vacíos.

Las publicaciones relativas á la nueva guerra, son las únicas que tienen probabilidades de ser leídas.

Todo se vuelven prospectos y carteles anunciando con diversos títulos, bajo diferentes formas, la historia de la lucha; y entre tanto, como preliminar, y para que el lector pueda hacer sus estudios del teatro de la guerra, se venden mapas á millares, de todas dimensiones, de todos precios, hasta á cinco céntimos.

La curiosidad pública esperaba con ansia la vista del proceso que se juzga en Blois por el Alto Tribunal convocado al efecto; y hé aquí que los debates han comenzado, y apenas los diarios consagran un lugar exiguo en sus columnas al resumen brevísimo que manda el telégrafo.

En circunstancias ordinarias la causa de Blois habría sido el elemento principal de la conversación de los parisienses: en el día hay periódicos que piden una amnistía para que se suprima de raíz como un asunto inoportuno.

No hablaremos nosotros aquí de este proceso, de carácter esencialmente político; pero en cambio diremos dos palabras acerca de otro muy propio de la crónica, y que distraerá un instante al lector de las preocupaciones de la guerra.

Hace algún tiempo tuvimos ocasión de referir en estas

revistas, la odisea de una dama célebre en el « medio mundo » como dice Dumas, hijo, que había llegado á ser marquesa, la marquesa de Orvault; y seguramente creímos entonces que sería la última vez que tendríamos que ocuparnos de esta notabilidad de ciertos círculos, al menos en lo tocante á cosas pasadas; pero nada de eso: hoy su nombre resuena de nuevo más ruidoso que nunca, y á la verdad, el caso lo merece.

Veamos los hechos.

En la época en que la marquesa de Orvault, cuyo verdadero nombre es Catalina Schumacher, se llamaba madama Alice Labruyere, era una persona tan conocida por su lujo y su ostentación, que podía considerarse como una de las reinas de la moda.

Nadie vestía con más elegancia, nadie vivía en una casa más ostentosa, ni se paseaba en mejores carruajes, ni lucía en el bosque de Boulogne parejas de caballos más envidiables.

En las fortunas de estas reinas de un día, hay altos y bajos: con razón se dice que no hay más que un paso para ellas del palacio al hospital.

Alice Labruyere tenía entre sus caballos una pareja que llamaba particularmente la atención de las personas de dinero.

De repente se sabe que trata de venderlos, y entonces M. D... que los veía frecuentemente en el bosque con envidia, envía á su hijo Fernando para tratar de la compra.

Fué un paso en falso.

Fernando era un joven elegante, admirador de las gracias de Alice que, con aquel motivo, hizo amistad con ella.

Poco duraron sus visitas, y sin embargo, en aquel corto tiempo, Alice se dió maña para hacerle firmar una obligación en la que decía que ella le había prestado cien mil francos, y que él se comprometía á devolverlos en el término de cinco años, pagando entre tanto los intereses á razón de seis por ciento.

En caso de muerte, la cantidad debida sería inmediatamente exigible.

Fernando firmó esta obligación el 30 de mayo de 1866.

Era poco tiempo antes de que la célebre Alice viniera á ser la no menos célebre marquesa de Orvault, que tanto dió que hacer á los tribunales.

Fernando tenía una salud delicada y no tardó en morir; y seguidamente presentaron el pagaré á la familia que, como era natural, se negó á satisfacer su importe.

De aquí el proceso. La marquesa de Orvault reclama los cien mil francos que dice prestó á Fernando D...; pero el defensor de la familia de este probó sin gran trabajo que el joven no tuvo nunca necesidad de recurrir al bolsillo de Alice; y con efecto, el tribunal anuló la obligación porque estaba basada en un hecho inmoral, de cuyo modo la marquesa no ha logrado otra cosa que pagar las costas y hacer que su nombre haya salido á relucir de nuevo.

Esta semana no tenemos nada que decir de los teatros parisienses.

Lo que sí diremos es que la guerra actual ha concluido de repente con todos los programas de las fiestas veraniegas en los puntos principales adonde acude el mundo elegante, que están en Alemania.

Parece que es aquello como una derrota general. Todos los bañistas que se habían instalado para pasar alegremente la temporada, abandonan precipitadamente aquellos lugares encantados que de la noche á la mañana pueden convertirse en horriblos campos de batalla.

Para Baden, principalmente, esta contingencia es un golpe terrible. Allí, como saben ya nuestros lectores, estaban ajustados eminentes artistas italianos, franceses y alemanes; más de tres mil personas se encontraban ya en ese punto privilegiado; y de repente, al principiar la mejor estación, los bañistas se apresuran á tomar otro rumbo, considerándose muy dichosos de no encontrarse para el regreso á su patria con los ferrocarriles cortados.

MARIANO URRABIETA.

### Poesías.

Cuando miro el sol que baña  
Esos cielos de zafir,  
A la más alta montaña  
Me dan ganas de subir.

Al llegar cerca del cielo  
Bajo la vista á mirar,  
Y al ver el tapiz del suelo...  
Me dan ganas de bajar.

Con la duda en que batallo  
No sé á do girar mis piés:  
Pues muy bello el suelo hallo,  
Y muy bello el cielo es.

P. DE MADRAZO.

A.....

La blanca rosa que me disteis, niña,  
Aquella noche de inmortal memoria,  
No cual augurio de amorosa estrella  
En esta vida sóbria y transitoria:

Sino cual prenda á indiferencia unida  
Á mi arrojada, cual coqueta arroja  
Al que la adora una mirada altiva,  
Y el rostro oculta, y á su pasión enoja...

Ya que en mi pecho aquesta flor ostento  
Cuyo perfume mi pasión exalta,  
¡La primer palma del triunfo sea  
Sobre vuestra alma que la nieve esmalta.

AL SEÑOR DOCTOR DON GREGORIO ARBIZÚ, MINISTRO DE INSTRUCCIÓN PÚBLICA Y RELACIONES EXTERIORES, RECTOR DE LA UNIVERSIDAD, EN SU CUMPLEAÑOS.

Al recordar el día venturoso  
En que al nacer, sonriendo la fortuna  
Te prometía un porvenir glorioso  
Cuando aun dormías en mullida cuna;  
Y la patria con semblante ansioso  
Ya te aguarda sin quietud ninguna,  
Darte quisiéramos un digno canto  
Que publicara beneficio tanto.

Mas nuestra voz sin eco ni armonía  
Que solo encierra sin igual rudeza,  
Preconizar no puede en este día  
Tu esclarecido nombre y tu grandeza:  
No te dirá cuanto ansía  
De tu virtud, tu gloria, tu entereza,  
Pero ofrecerte puede humildemente  
De nuestro amor el voto mas ferviente.

Puede decirte con sincero acento  
Que nuestro amor y gratitud desea,  
Que la fortuna para tí un momento  
Jamás contraria en tu carrera sea;  
Que nuestra patria siempre en tu talento  
Una columna de firmeza vea,  
Y mientras duerme fiando en tí su suerte  
No te separe de ella hasta la muerte.

LOS ESTUDIANTES DE DERECHO.

San Salvador, mayo 9 de 1870.

### El Alto Tribunal de Justicia en Blois.

El 18 del presente mes comenzarán en Blois los debates de la causa del «complot contra la seguridad del Estado y contra la vida del emperador,» pues tales son los términos de la acusación. Tenemos á la vista el acta de acusación; pero como la ley prohíbe que se publique nada de ella anticipadamente, nos abstendremos de analizarla. Además, podemos prescindir de esta tarea. El procurador general Grandperret, en su informe del 4 de mayo último, sin entrar en el detalle de los hechos ni en el examen de los cargos especiales de cada procesado, ha dado una noticia general que pone de manifiesto los principales hechos. Extrañando pues el informe de M. Grandperret, pondremos al corriente á nuestros lectores de lo que arroja de sí esta causa célebre.

«Hace algun tiempo, dice el informe, que la autoridad tenía conocimiento de que, en el centro de las reuniones públicas, los revolucionarios ardientes se habían conocido y reunido para organizar una insurrección y preparar un atentado contra la vida del emperador.

Se constataron los conciliábulos secretos que se tenían habitualmente en casa de los llamados Dupont, Julio Fontaine, profesor de matemáticas; Guerin, condeñado en 1848 por haber tomado parte en la insurrección de junio; y algunas veces en casa de los nombrados Petiau, pintor, y Sappia, corresponsal de Mazzini. Allí se reunían tambien, además de Dupont, Julio Fontaine, Guerin, Petiau, Sappia, los llamados Verdier, Benel, Pellerin, Ruault, Tony Moilin, doctor en medicina, Go-

dinot, subteniente de la guardia movible; Mégy, que mató á un agente de policía; Mourrot, Cournet, redactor del *Réveil*; y otros muchos conocidos por su exaltación socialista.

La composición, los períodos de estas reuniones, las precauciones que se tomaban indicaban claramente su carácter. No se tardó en saber lo que pasaba. El 28 de enero último, uno de los que asistían habitualmente á esas reuniones, Verdier, se presentó á la Prefectura de Policía, y declaró que, estando afiliado á un complot contra la seguridad del Estado, pero no queriendo tomar parte alguna en un asesinato, iba á hacer revelaciones importantes para poner á salvo su responsabilidad.

«El objeto principal de las reuniones de que formaba parte, dice Verdier, era discutir las cuestiones sociales. Paulatinamente fué acentuándose su carácter, y siguió aumentando hasta el día en que empezaron á circular rumores alarmantes sobre la salud del emperador. Entonces se examinaron las probabilidades y medios prácticos de hacer el movimiento revolucionario; se abrieron suscripciones en todos los grupos para la compra de armas, y los miembros mas acomodados hicieron dones voluntarios. La indecisión de los jefes fué una de las causas principales para que, el 12 de enero, no hubiese en Neuilly una demostración hostil.

«Habiéndose discutido la vispera la oportunidad de un movimiento revolucionario, Blanqui respondió que sus hombres no marcharían, lo que no impidió que un número considerable de ellos fuese á Neuilly.

«Los grupos de Belleville, La Chapelle, Saint-Antoine, Ménilmontant, Batignolles, Vaugirard, Sain'-Marceau, que obedecían á los llamados Dupont, Fontaine, Tony Moilin, Sappia, Ruault y otros, estaban decididos á batirse y armados.

«En el día ha habido fusión entre el partido Blanqui, que representan los hermanos Villeneuve, Tridon, Gois, Rigault, Jaclard y el partido antes citado.

«Hay un comité de acción y un comité central. El objeto de estos comités es de hacer coincidir un movimiento revolucionario con un atentado contra la vida del emperador. Se han recaudado crecidas sumas de dinero para fabricar bombas y otros instrumentos de destrucción propios al cumplimiento de este crimen.»

Verdier firmó estas declaraciones. Después de haber pasado á Bélgica, dirigió al *Rappel* una carta en la que niega la autenticidad del documento que precede. Ahora bien, no tan solo una información establecía que la pieza emanaba de él, sino que el secretario general de la Prefectura de Policía y el comisario Lagrange, ambos escuchados en la instrucción, han declarado que Verdier había hecho estas revelaciones delante de ellos.

Además, las advertencias recibidas fueron confirmadas por los tumultos que el día 7 de febrero siguieron á la prisión de M. Rochefort. Pudo señalarse la presencia de varios afiliados. El día 10 de febrero, Godinot, Sappia, Dupont, Petiau, Fontaine hijo, Gerardin, Ramet, Rousseau, fueron arrestados en casa de Dupont; casi todos estaban provistos de revolvers. Otros conjurados fueron arrestados en su domicilio, donde se encontraron armas, municiones y correspondencias significativas.

Cuando, en virtud de los autos judiciales, se presentaron los agentes, el día 11 de febrero por la mañana, en la puerta de Mégy, este descargó su pistola, y un sargento de villa cayó mortalmente herido. Mégy dijo mas tarde, en un interrogatorio, que *había disparado sobre el monton.*

Los cargos eran ya tan graves, que Godinot, confrontado con los agentes que habían constatado su presencia en las reuniones clandestinas, entró en la vía de las confesiones por una carta en la que, si bien trata de disminuir su responsabilidad, confirma y completa las revelaciones de Verdier. «En casa de Dupont, dice, conocí algunos nombres de los afiliados; luego me condujeron á casa de Petiau; allí encontré aproximadamente á los mismos hombres, además á Sappia, á quien fui presentado; volví á los ocho días. Al siguiente de la manifestación provocada por el entierro de Victor Noir, nos reunimos en casa de Dupont. Se deploró el aborto de la revolución; se maldijo á Rochefort; se exaltó á Flourens. Yo solo sostuve que habían tenido razón en no hacer nada, que la revolución se haría sola; Fontaine, el mas encarnizado de mis adversarios, me dijo que decididamente no tenía el temple de un revolucionario; que el pueblo estaba allí, estaba preparado y con armas. — ¿Qué armas? pregunté: ¿revolvers? — Efectivamente, tenía revolvers, á mas tenía tambien bombas orsianas y botellas de nitro glicerina: entonces me explicaron los desastrosos efectos de esta composición mortífera.»

Godinot exponía luego, en su carta, lo que había pasado en las reuniones á que había asistido.

El informe del procurador general Grandperret contiene otros detalles relativos á otros procesados y termina del modo siguiente:

«Tal era, señor ministro de la Justicia, el estado de la información, cuando nuevos hechos se han descubierto á la autoridad judicial.

El 29 de abril el llamado Beaury, soldado desertor, hace poco llegado de Inglaterra, se arrestaba en la calle des Moulins. Llevaba consigo un revolver cargado y una carta fechada en Londres y firmada *Gustavo.*

Esta carta y las confesiones de Beaury establecen que ha entrado en Francia para atentar á la vida del emperador.

Pongo bajo la vista de V. E. un corto análisis de las declaraciones del inculcado:

«Me había unido con Fayolle, acuartelado como yo en el cuartel del Chateau-d'Eau. Flourens vino á vernos al cuartel á Fayolle, Asnon y á mí. El 10 de enero, habiendo sabido la muerte de Victor Noir, y pensando que habría alborotos, no entré en el cuartel; asistí al entierro de Noir; despues, temiendo estar comprometido, me dirigí á Bélgica. Fui mas tarde á Londres en unión de Fayolle, que tambien había desertado. Allí encontramos á Flourens, con el que me uní estrechamente. Le he hablado de mi proyecto de atentar á la vida del emperador, y me ha animado, celebrando esta resolución.

«He vuelto á Paris, y he estado en correspondencia con Flourens. He recibido de él tres cartas; he inutilizado las dos primeras, la tercera es la que han encontrado en mi poder, con la firma *Gustavo.*

«En Paris he estado en relación con Ballot, amigo de Flourens, encargado por él de remitirme fondos. He recibido una vez 400 francos, momentos antes de mi arresto. Tenía la intención de vestirme de soldado para acercarme con mas facilidad al emperador, y luego servirme de mi revolver.»

La carta de Flourens cogida á Beaury, está concebida en estos términos:

« 20 de abril de 1870.

» Mi muy querido amigo:

«En efecto, he recibido vuestras tres cartas; siento que las hayais mandado por esta vía y no por M. Smalley, New-York Tribune, 43, Pall Mail, Londres, poniendo un sobre interior con mi nombre; espero que no tendremos aun que escribirnos mucho y que la semana próxima nos encontraremos en Paris, donde todo terminará felizmente. Debeis haber recibido mi carta del 19, dirigida á M. Fleury, que contenía otra para mi amigo de la Banca. Si efectivamente la habeis recibido, y este amigo os ha hecho llegar por la intervención de madama S..., la suma de 400 francos, quemad la carta que os incluyo para él; si no, mandádsela y obrad tan luego recibais los 400 francos.

«No hay un momento que perder; el hombre del privilegio se iría al campo y sería forzoso retardarlo todo. Venced; cuento con vos y con mis fieles amigos. No salgais mas que de noche ó en carruaje. No malgastéis el dinero. Cuidado con las imprudencias. Estoy con vos de todo corazón. No falseis, tal vez esté muy pronto en Paris para sosteneros. Todo depende de vos. Una vez mas os repito lo que en diferentes ocasiones os he dicho aquí: ó era necesario no mezclarse, ó comprometidos vencer.

» Vuestro, GUSTAVO.»

Esta carta con varias piezas de comparación se han sometido á un perito que ha declarado ser de Flourens. Esto es, además, lo que confiesa Beaury.

Otra carta no menos significativa, y escrita por Beaury, se ha encontrado en el domicilio del nombrado Ballot; tiene la data del 15 de abril.

« Muy señor mio:

«El doctor se ha declarado al fin por la amputación. La juzga indispensable. Y como creo que todo retardo sería nocivo, la hará mañana, cueste lo que cueste (aunque se debiesen usar con el enfermo, que no es muy razonable, medios violentos. Sus numerosos amigos están acordes bajo este punto.

«Si deseais, pues, asistir á esta triste operación, á título de amo del pobre enfermo, podeis venir á su habitación en la calle de Rivoli, mañana entre las dos y las cuatro de la tarde.

» Quedo vuestro, CAMILO.

«P. D. Los diferentes gastos de esta penosa enfermedad, han excedido la cantidad fijada, y por lo tanto me veo en la necesidad de reclamar de vuestra bondad un préstamo de 440 francos, suma que es muy justa é indispensable para los numerosos preparativos que exige una operación semejante. ¡Se necesitan tantos instrumentos, tantos accesorios! Os suplicamos remitais al portador de la presente esta suma.

« Soy de Vd. etc., CAMILO.

» Recibido á título de préstamo, de M. Ballot, la suma de 440 francos.

» CAMILO.»

« Paris, 28 de abril de 1870.

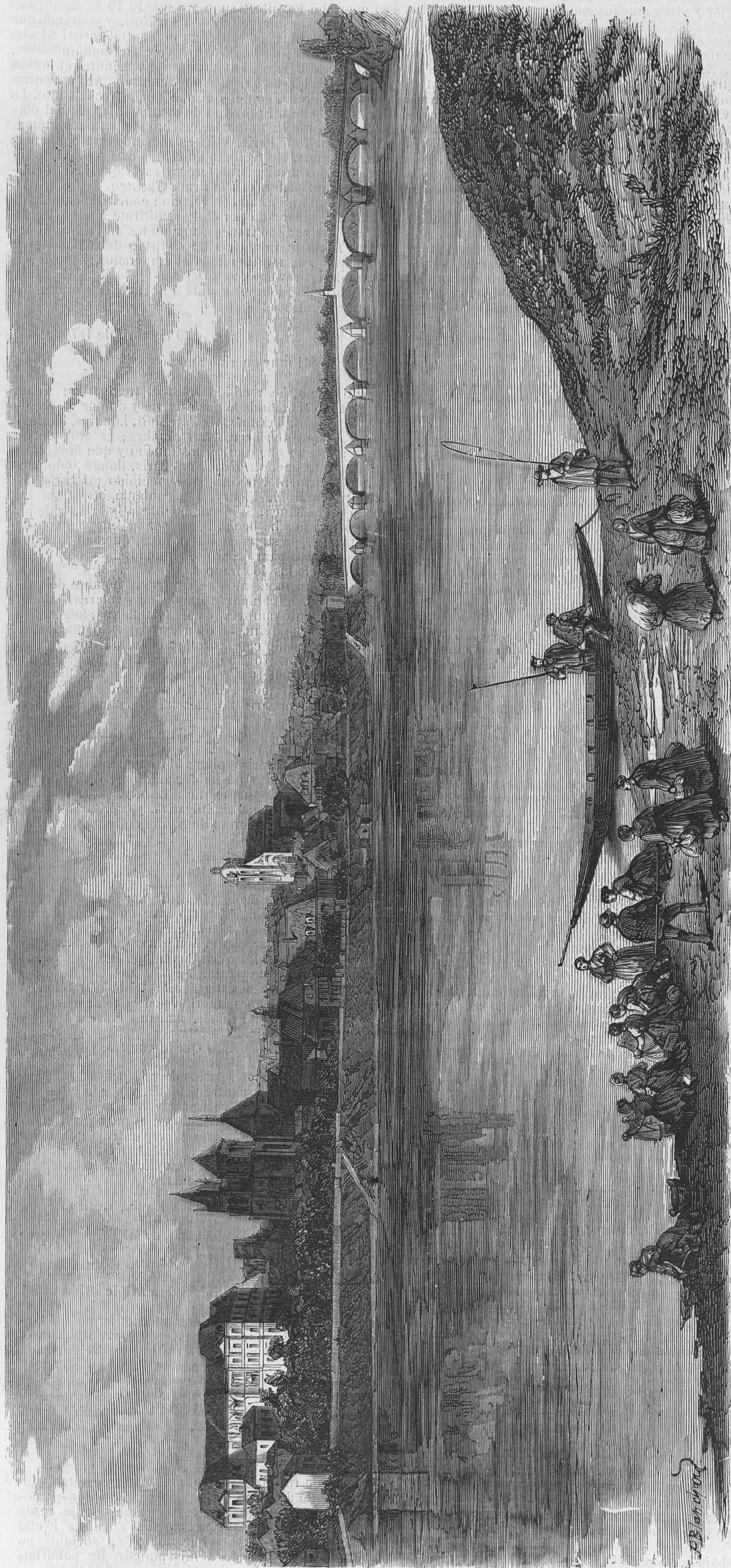
«El mejor amigo de este idolatrado enfermo no tardará en reembolsaros esta suma.

«Como esta operación está formalmente decidida para la hora indicada, no recibireis nuevo aviso.»

En fin, despues del arresto de Beaury se ha cogido una nueva carta dirigida á Ballot por Flourens, con fecha del 29 de abril.

« Querido amigo:

«Acabo de recibir vuestra última carta y contesto inmediatamente á ella. Si no he respondido á la precedente, es porque no quería escribir directamente desde aquí. Os doy las gracias por todo lo que habeis hecho hasta aquí, pero os suplico que de hoy en adelante no adelanteis ni un sueldo á mis amigos. Me pondriais en un compromiso haciéndolo, y no me ayudaríais en



EL ALTO TRIBUNAL DE JUSTICIA. — Vista general de la ciudad de Blois, tomada de la orilla izquierda del Loira.

nada, porque lo que yo deseo está en via de buena ejecución.

» Mas aun ; conviene que se apresuren en la ejecución por la necesidad de obrar.

» Os suplico que no les enseñeis esta carta, pero que les digais, que despues de mi telégrama, habeis recibido una carta que os manifiesta no hacer nada mas, hasta nueva orden. Les he escrito, á ellos mismos, idénticamente, por otra via. Sobre todo, que no vuelvan á vuestra casa, porque esto no podria ser mas que perjudicial, y no quisiera esta aventura por nada del mundo. Esta carta va dentro de otra para mi madre, que os la remitirá. Sed prudente, y todo irá bien. Hasta que nos veamos. Mis respetos á esas señoras.

» Soy vuestro de todo corazon, etc. »

« Que no vuelvan á vuestra casa ni M. G... ni el joven O... »

La autenticidad de esta carta ha sido probada por la madre y el hermano de Flourens.

Pero no es tan solo el asesinato del emperador lo que Flourens preparaba así con Beaury ; al mismo tiempo organizaba con Sauret, Greffier y otros, los medios de facilitar una insurrección.

En la noche del 30 de abril, Greffier y el llamado Roussel, que volvian de la comuna de Epinay, donde encargaron 50 revolvers al inculpado Manche, fueron arrestados.

Greffier quedó entre las manos de la policía ; pero Roussel se puso á gritar : ¡ A mí ! ¡ socorro ! ¡ arrestan á los republicanos ! la multitud se reunió y un gran número de individuos se arrojó sobre los agentes y libertaron al inculpado.

Una visita hecha inmediatamente en su domicilio, dió por resultado el descubrimiento de 21 bombas, cuya descripción suprimo aquí.

El origen de estas bombas su supo prontamente.

M. Lepet, fundidor, viendo el dibujo publicado por el *Figaro*, reconoció estos productos por ser él mismo quien los habia fabricado, y en el momento hizo las de claraciones que vienen á significar esto :

« El 14 del pasado abril, un individuo que dijo llamarse Renard (y cuyas señas se relacionan con Roussel), vino á encargarme varias rodelejas que reunidas forman las bombas apresadas en casa de Roussel. Me dijo que estas rodelejas se destinaban para los cubos de los velocíferos, y que el interior debia estar guarnecido de cautchouc para dar mas elasticidad al resorte. Me encargó primero 30 cubos completos ; despues 120, añadiendo que, aun despues de entregada esta cantidad podria seguir fabricando, porque esta invencion tenia gran éxito en América ; y que haria pronto su fortuna. Fabricué 22, pero habiendo sobrevenido la huelga, no pude hacer las demás entregas.

» Me pagaba estos cubos á razon de 55 francos los cien kilos. Sin la huelga, hubiese fundido y entregado 400 bombas. De las 21 bombas embargadas, reconozco 17 ; en cuanto á las demás no provienen de mi casa. »

La importante deposición de este testigo ofrece en su última parte la grave particularidad de demostrar que existen bombas que provienen de otra fundición que la suya, la cual no se conoce todavía.

Ballot, que habia escapado á las pesquisas de que era objeto, acaba de ser arrestado y ha hecho las declaraciones, cuyo análisis es este :

« He tomado parte en la insurrección de Creta ; allí fué donde conocí á Gustavo Flourens. En la noche del 8 de febrero, vino á refugiarse en mi casa, donde le di asilo hasta el 20 de marzo. Durante su permanencia en mi casa, la única persona que ha venido á verlo ha sido la mujer Sauret. Despues de su partida, y siguiendo su mandato, he remitido sucesivamente 4,100 francos á Sauret, 550 á Beaury y 4,400 á Greffier. »

Tales son, señor guarda-sellos, los principales resultados de la información judicial. No puedo entrar aquí en los detalles de los hechos, y mucho menos en el examen de los cargos de cada inculpado. Será mas tarde la obra del acta de acusación.

Esta información, no tiene otro objeto, señor ministro, que presentaros el conjunto del suceso, y demostraros la oportunidad de convocar el Alto Tribunal de Justicia. »

Con efecto, el Alto Tribunal se ha convocado, como hemos dicho, para el 18 de julio, en la ciudad de Blois, de la cual damos una vista en este número.

La ciudad de Blois se eleva en anfiteatro en la orilla derecha del Loira : á la izquierda hay un puente de piedra que comunica con un arrabal y á derecha está el palacio en la ciudad alta ; entre el palacio y el puente la catedral ; á lo largo del rio la ciudad baja.

El palacio de Blois, donde tendrán lugar los debates de la causa, se halla situado en un cerro y forma un cuadrado irregular cuyas construcciones pertenecen á tres épocas distintas del arte.

La columnata de la sala de los Estados es del siglo XIII la galería de los duques de Orleans es del siglo XV, y la fachada Norte del tiempo de Francisco I. La fachada interior de esta parte del palacio se distingue principalmente por su escalera calada, una obra maestra de la arquitectura del Renacimiento.

Finalmente, el cuarto lado del cuadro lleno de grandeza y majestad fué construido por Mansard, en tiempo de Gaston de Orleans. Despues este príncipe quiso reconstruir el palacio ; pero no pudo acabar su obra y el edificio quedó abandonado. Deteriorado y trasformado en parte en cuartel, el gobierno francés ordenó su res-



M. ZANGIACOMI,

Presidente del Alto Tribunal de Justicia.

tauración, y en el día ha renacido de sus ruinas: su patio interior que rodean muchas construcciones de épocas y arquitecturas diversas ha recobrado su aspecto pintoresco y curioso y su sala de los Estados á la que consagramos un artículo especial, ha sido restaurada cuidadosamente.

Sabido es que M. Zangiacomi ha sido nombrado presidente del Alto Tribunal, y con este motivo publicamos su retrato.

M. Zangiacomi, hijo del convencional, baron bajo el primer imperio, consejero de Estado en tiempo de la Restauración y par de Francia en el reinado de Luis Felipe, nació el 25 de marzo de 1802. Cuando era juez del Tribunal del Sena entendi6 en causas políticas importantes. En 1858 dejó su puesto de presidente de sala en el Tribunal Imperial para entrar en un tribunal de casación. Formó parte del Alto Tribunal de Tours en la causa del príncipe Pedro Bonaparte. El 5 de agosto de 1867 fué nombrado comendador de la Legion de Honor.

C. P. D.

## El Doctor Témis.

NOVELA ORIGINAL ESCRITA POR EL MALGRADO

JÓVEN GRANADINO

DOCTOR JOSÉ MARIA ANGEL GAITAN.

(Conclusion.)

Esta última discusión terminó por irse ambos donde la Daifa á informarse por menor de los planes que ella tenia, ofrecerle los auxilios de los que podian conciliarse en igual sentido proyectados por ellos, y obrar con una acción simultánea como era menester, entre tanto que el padre de Emilio encerrado en su calabozo esperaba en vano su alimento.

Como Soliman inferia que ya Santiago habria encontrado en el bolsillo de Oropimente la carta de la Cisne, resolvió también esa noche, de acuerdo con Monterilla, sacar á Veratrina de la casa de doña Gonzaga, para que les ayudase en sus nuevos proyectos, puesto que el matrimonio era ya un asunto difícil que las circunstancias presentes no permitian continuar, pues los gastos se iban aumentando mucho por el auxilio que á la vez reclamaban Adolfo el falso, la prision del Mordedor y la próxima fuga de todos ellos si se veian en peligro.

XIX.

EL BAILE.

Cuando Soliman y Monterilla salieron, ya muchas familias iban para el baile que se dijo debía darse esa noche, y al que la familia del señor Osman estaba invitada.

Este baile tenia lugar en una quinta muy inmediata, en la que desde por la tarde se habian reunido muchas personas de rango y entre ellas el doctor Témis.

Uno de los que concurrieron con mas anticipación fué Enrique que esperaba hacer esa noche muchos progresos respecto de Adelaida, tanto por no encontrarse allí Emilio que siempre le habia estorbado, cuanto porque lo que tenia que ofrecer á Adelaida era en su concepto un estímulo muy poderoso para inclinarla á favor suyo, y hacerla mas franca en el amor que él la atribuía.

Con este motivo se abstuvo de bailar, aguardando á que la familia del señor Osman viniese, lo que á pesar de haberse bailado ya algunas piezas no sucedia, porque Adelaida estaba tan triste, que no tuvo valor para vencer la repugnancia que le impedía entonces concurrir á esos placeres bulliciosos, á que por otra parte, su carácter poco la inclinaba.

Al fin se presentó una familia que venia acompañada del presidente de la República; y Enrique, persuadido de que en vano esperaba mas, se determinó á bailar convidando para ello á una de las señoritas que acababan de entrar.

Entre tanto el presidente se dirigió donde el doctor Témis de quien era muy amigo y con el que gustaba mucho hablar sobre algunos asuntos delicados.

El doctor Témis estaba conversando con unas señoras en el diálogo opuesto de la sala, y sostenia sin duda algun diálogo muy festivo, si se juzga por la risa que lo animaba.

Mas cuando se le acercó el jefe del Estado, recobrando su seriedad natural, se volvió hácia él haciendo antes una cortesía á las señoras.

— Muy tarde ha venido Vd., le dijo despues de algunos cumplimientos, lo que lo ha privado del gusto de oír una canción que las señoritas han cantado con una elegancia admirable y una expresión tan natural, cual si ellas mismas fuesen las gratas heroínas del poeta y del músico.

— Pero advierto que no lo somos, dijo una de ellas sonriéndose; y por lo menos el músico es precisamente una amiga nuestra.

— Es verdad, dijo la otra; hemos aprendido esa canción, su elegancia y su acento, de Adelaida á quien se la oímos hace algunas noches.

— Yo espero, dijo el presidente, que las señoritas tendrán la bondad de repetirla.

— Con mucho gusto, dijo la una, siempre que haya menos auditorio.

— Es verdad, repuso el doctor Témis: la canción no es de sala, sino únicamente de un cuarto de costura, porque tiene un gran número de conceptos tan íntimos, que el autor se creería ofendido de que los expusieran en una escena solemne. Así es que las señoritas la cantaron entre amigos de confianza, porque son ellas también tan modestas que no pueden sufrir el aplauso de un concurso numeroso y respetable.

— Yo también soy de confianza, dijo el presidente, y mis aplausos pueden ser tan privados como los del doctor Témis.

— Yo conozco, dijo este, la historia de esa canción, y apoyo la resolución de estas señoritas de no presentarla al público: seria eso causar un pesar á su amiga, y acaso á un amigo mio. Hay además en ella la expresión de ciertas ilusiones que no serian fácilmente comprendidas por los indiferentes.

Mucho hubiera sentido, efectivamente, Adelaida que los versos de Emilio se entonasen en aquel salon; mas por fortuna durante la conversación, empezó una contradanza, y las señoritas fueron á ocupar su puesto.

Mientras tanto el presidente y el doctor Témis que no gustaban de bailar, conversaban en un sofá.

— Es una de las jóvenes que canta en Bogotá con mas dulzura, continuaba el doctor Témis, y es tan bella y modesta que interesa cuando canta, los sentidos y el corazón.

— Es cierto eso, repuso el presidente, y siento tanto mas no haber venido antes para oírla, cuanto que el motivo de mi retardo fué bien desagradable.

— Acaso, dijo el doctor Témis, alguna de esas audiencias pesadas á que están sujetos con frecuencia los gobernantes.

— Precisamente; se me presentó un capellan con la solicitud de que impartiese un indulto á no sé qué criminales, haciéndome de cada uno de ellos una relación de servicios en la milicia, cual si todos hubiesen sido unos héroes.

— ¿Y esos criminales están presos? preguntó el doctor Témis.

— Uno de ellos, segun me expresó el capellan; pues la justicia no ha podido prender á los otros, á pesar de su actividad.

— Ya sé entonces de cuáles se trata; y si me es permitido, diré francamente que semejante indulto seria con razon objeto de censura y produciria un descontento general.

— Yo estoy muy lejos de pensar en concederlo, y repito que la solicitud me ha molestado en todos sentidos.

— Esa molestia es muy justa: porque hay en la sociedad muchos hombres que violando las leyes cometen un doble crimen, pues además de infringirlas, deshonoran la clase á que ellos pertenecen.

— Sí, señor: por todas esas razones despedí al capellan sin dejarle esperanza alguna.

— Lo celebro, dijo el doctor Témis muy contento: y me atrevo á observar que semejantes importunaciones son un efecto muy natural del hábito que va contrayendo la sociedad de ver prodigar indultos y conmutaciones que en ninguna razon pueden apoyarse.

— Quizá es exacto eso, sin embargo de que la filantropía en que se funda el sistema de algunos ministros es una razon por lo menos muy respetable.

— En mi concepto no: yo no respeto ningun sistema ciego, y lo que en virtud de él se hace, siempre me parece vituperable, porque suele ser funesto todo sistema aun cuando lo forme la misma filantropía. Sus actos serán algunas veces acertados, pero en todos casos no son mas que resultado de una flaqueza vituperable, no porque el motivo del perdón ó la conmutación, si se trata de un sistema filantrópico, sea el temor ó el exceso de la sensibilidad ó de la humanidad mal entendida, sino porque el sistema en sí mismo es consecuencia de la flaqueza. El hombre sistemático no es mas que un sabio perezoso que reduce las ciencias á un apunte de bolsillo, al que, si llega á ser gobernante, aplicará el pomposo nombre de programa, con cuya aplicación ciega se excusará de meditar las circunstancias en cada caso que ocurra, creyendo haber pensado de una vez la conducta entera de su gobierno, y exponiéndose á verlo terminar por las exageraciones mas chocantes, de que él mismo tendrá que avergonzarse y tal vez que arrepentirse. Digo todo esto, para concluir indicando que si alguno de esos criminales merece la muerte, no se le conmute la pena en una época en que la filantropía ha producido tantos delictos.

— Yo he meditado este punto, añadió el presidente, y estoy muy dispuesto á obrar de conformidad con esos principios.

— Además, señor, continuó el doctor Témis, debe observarse que hay ciertos puntos que no pueden reducirse á sistema, tales como el indulto y la conmutación; y basta para persuadirse de ello el considerar que estas facultades no son absolutamente del dominio del magistrado: son un depósito que simboliza la confianza de la sociedad en la discreción del que llama para que la gobierne. Con esas facultades no debe creerse se quisiera sancionar el absolutismo, y ni siquiera la elemen-

cia; de modo que el gobernante que las cree suyas y abusa de ellas, da derecho para que sus enemigos, particularmente cuando el gobierno, como entre nosotros, se ve siempre atacado por la maledicencia, digan que no comprende su encargo ó que tiende maliciosamente al despotismo. Advierto que no estoy por la pena capital; pero basta que la ley la imponga para que el indulto y la conmutación sean, por decirlo así, un eclipse que sufre la justicia, solo necesario cuando hay una consideración bastante grande para alcanzar á cubrirla.

— Esta es mi opinión actual, doctor Témis: Vd. lo sabe; y así es que puedo asegurarle que ni indultaré á ninguno, ni conmutaré pena capital en este caso, sino por razones que no temo puedan ocurrir ahora.

— Algo mas importa despues de esto, dijo el doctor Témis; y es lograr la captura de esos criminales.

Al llegar aquí, ya el movimiento de la contradanza forzó á los dos interlocutores á levantarse para buscar otro asiento mas cómodo donde pudiesen continuar su conversación.

Enrique deseaba mucho esa noche hablar con el doctor Témis segun las instrucciones de Monterilla, pero aunque durante todo el baile estuvo espiando una ocasión oportuna, no le fué posible encontrarla, á pesar de su atrevimiento.

Por último, al retirarse el doctor Témis, se le agregó como por casualidad y lo acompañó á su casa diciéndole por el camino haber visto donde Monterilla á don Adolfo; que este realmente era criminal y deseaba una entrevista con el doctor Témis, para que se persuadiese igualmente de esa verdad y se evitase de algun modo á Emilio el sonrojo de que se hiciese público tan lamentable suceso.

El doctor Témis se limitó á decir á Enrique, avisara á Monterilla que él estaba dispuesto á esa entrevista, y que por lo tanto le fijasen la hora y el lugar, que les dejaba elegir á su satisfacción.

Muy agradable fué para Enrique esta aquiescencia tan absoluta del doctor Témis; y no lo fué menos para Monterilla cuando al día siguiente se la comunicó.

Al momento convocó á Soliman y á la Daifa, y en junta extraordinaria acordaron reunirse esa noche concurriendo todos bien armados y resueltos y citar al doctor Témis para las nueve, hora en que calculaban habria muerto don Adolfo.

Monterilla consideraba el éxito seguro, porque el doctor Témis no podria resistir á cuatro bien preparados, tanto menos cuanto que ignorando los planes, concurriría solo ó á lo mas con don Juan.

Por otra parte, en la puerta de la calle debía colocarse Jorge, y si lo veía venir con otros, avisarles oportunamente para eludir la entrevista y no ser aprendidos. Tenian, pues, por seguro, que el doctor Témis, ó quedaba muerto esa noche, ó salía vivo para ir á protegerlos.

El doctor Témis entrando en su casa cuando lo dejó Enrique, hacia otra especie de consideraciones tan lleno de gozo que no podia tranquilizarse.

— Mis cálculos han salido exactos, decia, y mi acción va á empezar á ser abierta y decidida, porque ya no hay dudas. ¡Estúpidos! Enrique me asegura haber visto por sus propios ojos al padre de Emilio en casa de Monterilla; y el don Adolfo que yo persigo está donde doña Gonzaga... luego es indudable que hay dos, uno criminal y otro inocente y que van á ser descubiertos. Sí: esta entrevista va á ser feliz, todo va á aclararse. En el momento conveniente aseguraré al que está donde doña Gonzaga, lo tendré oculto, iré á ver al otro y quedaré desengañado. Mas es preciso continuar la reserva hasta que obremos con seguridad; y como la entrevista nada tiene de peligroso, basta que vaya yo solo con un amigo, este para coger á Monterilla y yo para sacar á don Adolfo.

XX.

LA ENCUBRIDORA.

A la misma hora en que el doctor Témis salió del baile, llegó á casa del señor Osman el posta enviado por Santiago.

Adelaida leyó muchas veces la carta que trajo el posta, y no pudiendo prescindir de considerarla como una noticia disfrazada de la muerte de su amante, creía también que la que se le enviaba á la Cisne contenía esa noticia con mayor claridad; pero su discreción no le permitió leerla, y la guardó cuidadosamente para llevarse ella misma al convento el día siguiente.

El señor Osman se afaná tanto con la novedad que se les comunicaba, que inmediatamente salió á ver un cirujano y arreglar lo necesario á fin de que al amanecer partiese este con las prevenciones del caso, á traer á Emilio si era posible, ó á emprender allá mismo la curación si la gravedad del mal lo requería. Con todo la familia quedó en la mas angustiada consternación, temiendo que el cirujano llegara tal vez demasiado tarde.

Don Juan á quien dieron aviso de todo, como uno de los íntimos amigos de Emilio, quiso irse con el cirujano, pero el doctor Témis lo detuvo para que le ayudara en su empresa manifestándole que al otro día marcharian juntos cualquiera que fuese el resultado que ella tuviera; pues Enrique habia venido muy temprano á avisarle que por la noche hasta las nueve tendria lugar precisamente la entrevista con don Adolfo en casa de Monterilla.

Como ya era tiempo de verificar la captura de Adolfo el falso, demorada hasta que fuese oportuna, segun lo



que se ha dicho, el doctor Témis se asoció con don Juan y algunos agentes de la policía bien prevenidos, y al anochecer se presentó en la casa de doña Gonzaga dejando en la puerta á los gendarmes.

Doña Gonzaga se hallaba sola llorando amargamente cuando entró el doctor Témis.

— Siento mucho que Vd. esté aun tan afligida, le dijo él, particularmente cuando mi visita no es una visita de consuelo.

— Ni yo podría gozar hoy consuelo alguno, contestó la señora cuando mi hija me ha abandonado y yo voy á morir de pesadumbre.

— ¿Qué ha sucedido, pues, á la hija de usted?

— Hoy ha sido su mongio, señor: y me ha dejado sola en el estado mas triste sin tener siquiera á quien quejarme, pues desgraciadamente hoy mismo tambien se han llevado una jóven que pagaba en esta casa una pequeña pensión. Me he quedado enferma y pobre, sin compañera, sin mas que una criada que por bondad me acompaña todavía.

— Sin embargo, añadió el doctor Témis, no se aflija usted tanto, pues debe confiar en que no faltarán muchas personas que la auxilién en su enfermedad y la socorran en su pobreza. Además ese sería el destino de su hija, y Vd. debe conformarse habituándose á esta separación.

— ¡Imposible! Perder en tan poco tiempo un esposo y una hija, es demasiado para mí.

— Así es, dijo el doctor Témis, que deseaba proceder á su objeto: pero hay una circunstancia que impide creer que considere Vd. la primera de esas pérdidas como una gran desgracia, pues se sabe, que Vd. tiene escondido en esta casa al asesino de su esposo.

— ¿En mi casa? ¿Es posible?... ¿Ese hombre es el asesino de mi marido?

— Precisamente.

— No, señor, dijo doña Gonzaga con vacilación. Yo no puedo creer semejante cosa: es imposible que el desearo llegue á tal extremo. Vd. está equivocado, pues el asesino de mi marido no pudo serlo un sacerdote.

— ¿Un sacerdote? dijo el doctor Témis con curiosidad.

— Sí, señor: yo no he dado asilo sino á un sacerdote y no estoy dispuesta á denunciarlo ni temo que Vd. abuse de esta confianza que acabo de hacerle involuntariamente.

— La han engañado, señora, dijo el doctor Témis: la justicia no persigue actualmente á ningún sacerdote, ni lo ha perseguido hace mucho tiempo. Así es que me atrevo á ofrecer que si en efecto el que está escondido es un sacerdote, será puesto en el acto en uso de su libertad bajo mi palabra.

— ¿Cómo no ha de perseguirlo la justicia, replicó doña Gonzaga, cuando solo huyendo de ella ha podido pasar tan incómodos días en esta casa?

— Ese no es sacerdote, sostuvo el doctor Témis con energía; repito á Vd. que es precisamente el asesino de don Mateo, á quien busca la justicia y Vd. hace muy mal de sustraerlo á sus investigaciones.

— Yo no puedo creer eso, dijo doña Gonzaga.

— Es fácil desengañarnos, contestó él: permítame ver á ese hombre bajo la promesa que hago de conseguirle su libertad como he dicho, si es efectivamente lo que Vd. asegura.

— Confío en esa palabra, dijo doña Gonzaga. Entre usted á la pieza que está detrás de la alacena, y allí lo encontrará: yo no puedo acompañarlo, pero lo guiará la criada.

Doña Gonzaga llamó; y el doctor Témis haciendo entrar á los agentes de la policía, fué conducido por la criada al cuarto oculto, donde estaba Adolfo el falso con sus vestidos eclesiásticos.

Este, lleno de temor, tuvo que salir de su escondrijo, obedeciendo el mandato del doctor Témis, quien sin necesidad de averiguar de modo alguno la verdad que conocía muy bien, hizo amarrar al aprehendido y mandó que lo custodiasen en el mismo cuarto, previniéndoles á todos el secreto hasta que enviase la orden que tenía del juez, para que lo llevaran á la cárcel.

El doctor Témis gozó en este momento el placer mas vivo al ver realizadas sus esperanzas y disipadas sus dudas: ya estaba seguro de la exactitud de sus cálculos; el padre de Emilio era inocente y los criminales iban á expiar sus delitos.

Mas esta alegría cesó bien pronto y se tornó en angustia al recordar que Emilio herido lejos de Bogotá, podía con su muerte inutilizar todos los esfuerzos que le habían empleado en su favor y bajar al sepulcro creyéndose víctima de un padre criminal, de un amigo traidor, y aun del vil Monterilla, cuyos planes y venganzas se habían realizado sobre él sin tener quien lo defendiese de la humillación y la deshonra.

Además, ¡cuánta pena debía probar el doctor Témis al imaginarse que don Adolfo tal vez no recobraría la libertad sino para recibir la penosa noticia de la muerte de su hijo!

El doctor Témis ignoraba que él mismo esa noche iba á presentarse incautamente en la entrevista, solo con un compañero, entre cinco asesinos bien armados y resueltos á salvarse haciéndolo morir: tampoco sabía que don Adolfo, condenado á muerte por sus verdugos, llevaba ya dos días sin alimentarse.

La ignorancia de estos hechos le hacia juzgar segura la victoria, sin acordarse de que en la fortuna no es posible fiar aun cuando sus favores estén al coronarse.

El doctor Témis volvió donde doña Gonzaga y la convenció de que el asesino de su esposo era el supuesto sacerdote, que ya estaba aprisionado para completa sa-

tisfacción de la justicia: le recomendó que guardase silencio sobre este asunto, haciéndole ver que la ocultación con que habia favorecido á tal criminal, era un delito que á ella le convenia no publicar; é hizo poner en la puerta un gendarme con orden de impedir que alguno entrase ó saliese, para evitar así que supiera Monterilla antes de tiempo, la captura de su protegido.

Esa tarde fué la familia del señor Osman al convento de Santa Inés á visitar á la Cisne y entregarle su carta: ya esta habia recibido tambien la de Veratrina y estaba sumamente alegre por el triunfo que habia conseguido su virtud.

Adelaida le rogó encarecidamente que dejase el convento y volviese otra vez á casa del señor Osman, cuya familia la estimaba en extremo y sentia mucho su separación.

La Cisne vió tanta sinceridad en estas súplicas que ofreció acceder luego que acordase sobre ello con el doctor Témis, sin cuyo consejo, la gratitud no le permitia resolverse á abandonar el asilo que él le habia proporcionado.

## XXI

## CONCLUSION.

El doctor Témis envió ocultamente dos agentes de policía para que se situasen en la esquina de la casa de Monterilla, y mientras llegaba la hora de la entrevista, observasen con disimulo, lo que sucediera digno de notarse.

Esa tarde don Adolfo instigado por el hambre y deseo de no morir sin ver antes á su hijo, procuró hacer saber á Monterilla, que ya estaba resuelto á calumniarse cuanto quisiesen, y no solo empeñó su palabra en garantía de la promesa, sino que con docilidad firmó un documento, para que en todo caso obrase como prueba irrefragable de que él era el autor de todos los crímenes con cuya responsabilidad querian gravarlo.

Monterilla no ignoraba cuanto valia esta prenda, y por tanto deseando evitar ese homicidio que le parecia muy peligroso, resolvió dar un giro mas seguro á las cosas y una apariencia mas eficaz para librarse siquiera del cargo de calumniador: dispuso, pues, diesen de comer á don Adolfo, lo soltó de la cadena y lo llevó al cuarto donde con Soliman, la Daifa y demás personas convocadas oportunamente, se instaló la junta en forma de visita para aguar al doctor Témis.

Antes que este llegase se presentó muy afanada la mujer que se ha dicho habitaba frente á la casa de doña Gonzaga, y les refirió que el doctor Témis habia entrado allí esa tarde con la policía, y salido despues de un largo rato, dejando en la puerta un centinela, siendo en consecuencia indudable que ya estaba Adolfo el falso aprisionado.

Entonces cayeron en cuenta de la inadvertencia con que habian obrado y fueron invadidos de una inquietud extraordinaria que no les permitia meditar con la celeridad y acierto que el caso demandaba, el arbitrio que pudiera salvarlos.

Viendo Monterilla, por una parte, que el único recurso que les quedaba era el de encerrar nuevamente á don Adolfo, para sostener que no podía concurrir por haber sido aprehendido en la casa de doña Gonzaga; y por otra, que este proceder era delicado, exigia datos seguros y preparaba consecuencias graves, llamó á Soliman para consultarle á solas esta medida y ejecutar sin tardanza lo que se acordase.

— Estamos perdidos, le decia Monterilla en voz baja y en el aposento de los ataúdes: el doctor Témis ha aprehendido ya, seguramente, á Adolfo el falso, y por consiguiente la calumnia proyectada y la inocencia del padre de Emilio quedan descubiertas.

— Eso no, replicó Soliman, pues él se ha declarado ya delincuente de un modo bien auténtico, y á lo sumo el doctor Témis en vez de un solo criminal se encontrará con dos.

— Con todo, repuso Monterilla, mejor sería ocultar á don Adolfo nuevamente, para evitar todo riesgo.

— No, señor, sostuvo Soliman; porque no sabemos de un modo positivo que Adolfo el falso haya sido aprehendido; antes bien, no habiendo vuelto á salir de la casa la policía, es sin duda porque se ocupa de un registro minucioso pero vano. Ocultar ahora al padre de Emilio, sería obrar sobre un dato dudoso y exponernos á perder por temores infundados, la utilidad segura de la entrevista.

— Pero si efectivamente se ha hecho la aprehensión... replicó Monterilla.

— No importa, dijo Soliman, pues ignoramos tambien si el doctor Témis conoce personalmente al padre de Emilio, y en ese caso lo mas discreto es obrar suponiendo que sí, para que apoyados en la verdad, no nos veamos en la precision de comprometernos vacilando en momentos que exigen una grande entereza. Esté ó no descubierto nuestro compañero, conozca ó no el doctor Témis al verdadero Adolfo, siempre será cierto que este va á resultar culpable y nosotros nos salvaremos.

— Pero puede suceder que nos engañe y quiera sostener su inocencia, añadió Monterilla.

— Don Adolfo, dijo Soliman, no puede desmentir el documento... Además, sea de eso lo que fuere, ya está resuelto que el doctor Témis saldrá de aquí á defender al Mordedor, ó le tocará espigar la muerte de Oropimente, muriendo á nuestras manos, que es lo que mas deseo, si vemos en él un nuevo testigo de nuestros secretos.

— ¿Y si viene acompañado?...

— Entonces todos nos ocultaremos, á no ser que el número de los que puedan defenderlo no nos parezca temible.

— Bien, dijo Monterilla; pero una vez que la incertidumbre de los datos es la que nos impide resolver, aconseja la prudencia esconder á don Adolfo, aunque sea en este aposento, mientras del mismo doctor Témis tomamos siquiera una presuncion mejor fundada. Jorge custodiará aquí á don Adolfo, encargándose de matarlo si este intenta hablar, ó al oír una señal que yo daré en el momento de persuadirme que todo ha sido descubierta, en cuyo acto Vd. tambien matará al doctor Témis, pues en semejante caso será inevitable hacerlo.

— Tanto mejor, dijo Soliman gozoso: ese plan es el que quiero que se verifique, porque tengo sed de venganza, y sería para mí muy glorioso saciarme en un enemigo tan funesto.

En consecuencia, saliendo ambos del aposento, Soliman ocupó el lugar mas conveniente para evitar que el doctor Témis pudiera defenderse y ni siquiera notar el ataque. Estaba de veras impaciente por llevar al cabo su atentado, se agitaba en el asiento ansiando á hora de ejecutarlo y temia no poder esperar la señal convenida sin lanzarse sobre esa víctima que debia venir por sí misma al sacrificio para satisfacer los manes de Oropimente.

Entre tanto Monterilla, como presidente, se dirigió á don Adolfo, diciéndole:

— Se teme con fundamento que el doctor Témis ha descubierta ya Adolfo el falso, en cuyo caso es preciso variar el curso de las cosas.

— No: mas bien yo sostendré que soy criminal como he ofrecido, dijo don Adolfo helado de pavor al oír semejante indicacion y persuadido de que iban á asesinarlo allí mismo y no volveria á ver á su hijo.

— Sí; pero es preciso, añadió Monterilla, que Vd. se oculte de nuevo, y si fuere conveniente, saldrá á sostener ante el doctor Témis, que Vd. ha delinquido, sea ó no inocente el otro.

Don Adolfo condescendió inmediatamente y empeñó su palabra para seguridad de que obraria de acuerdo con lo que exigian.

En ese momento Jorge, que estaba con otro criado espionando en la puerta de la calle, vió venir dos embozados, que juzgó como seguro fuesen el doctor Témis y don Juan; y entrando á carrera los anunció á la junta, la que vió ya con esto decidido y logrado el triunfo de sus planes, pues ó se descubria la inocencia de don Adolfo, y entonces este, el doctor Témis y don Juan, morirían á manos de un número de asesinos mas que suficiente, ó don Adolfo quedaba calumniado y la defensa del Mordedor asegurada.

Monterilla mandó, pues, á Jorge que se ocultase en el aposento con don Adolfo, y le dió la orden de que lo matase al oír cierta señal, ó antes, si este intentaba hablar. Soliman sentia latir el corazon con tal violencia, que moviéndose en el asiento, apretaba el mango del puñal y deseaba, para consumar mas pronto su atentado, salir al encuentro de los dos que llegaban.

Don Adolfo por el contrario, temblaba de temor, y sus ojos se humedecieron al contemplar que ya llegaba el instante terrible, no de beber un veneno fatal, sino una infamia espantosa. Monterilla, lleno de confianza, tomó un aire muy grave y pareció impasible é indiferente, mientras la Daifa, su compañera, la vecina de doña Gonzaga y varios otros cómplices subalternos, se disponian á ayudar á Soliman.

Los embozados llegaron á la puerta de la calle y preguntando al otro criado si aquella era la casa de Monterilla, fueron introducidos hasta la pieza en que estaba reunida aquella gente, quedándose el criado con su respectiva arma hácia la puerta, segun las instrucciones de su amo.

— ¿Quién es el señor Adolfo Castelvi? preguntó con voz firme el doctor Témis desde el fondo de la pieza, mirando á todos los circunstantes con ceño amenazador.

— Aun no ha venido, dijo Monterilla poniéndose de pié; pero aquí está este documento que Vd. puede leer para convencerse de los delitos de ese hombre.

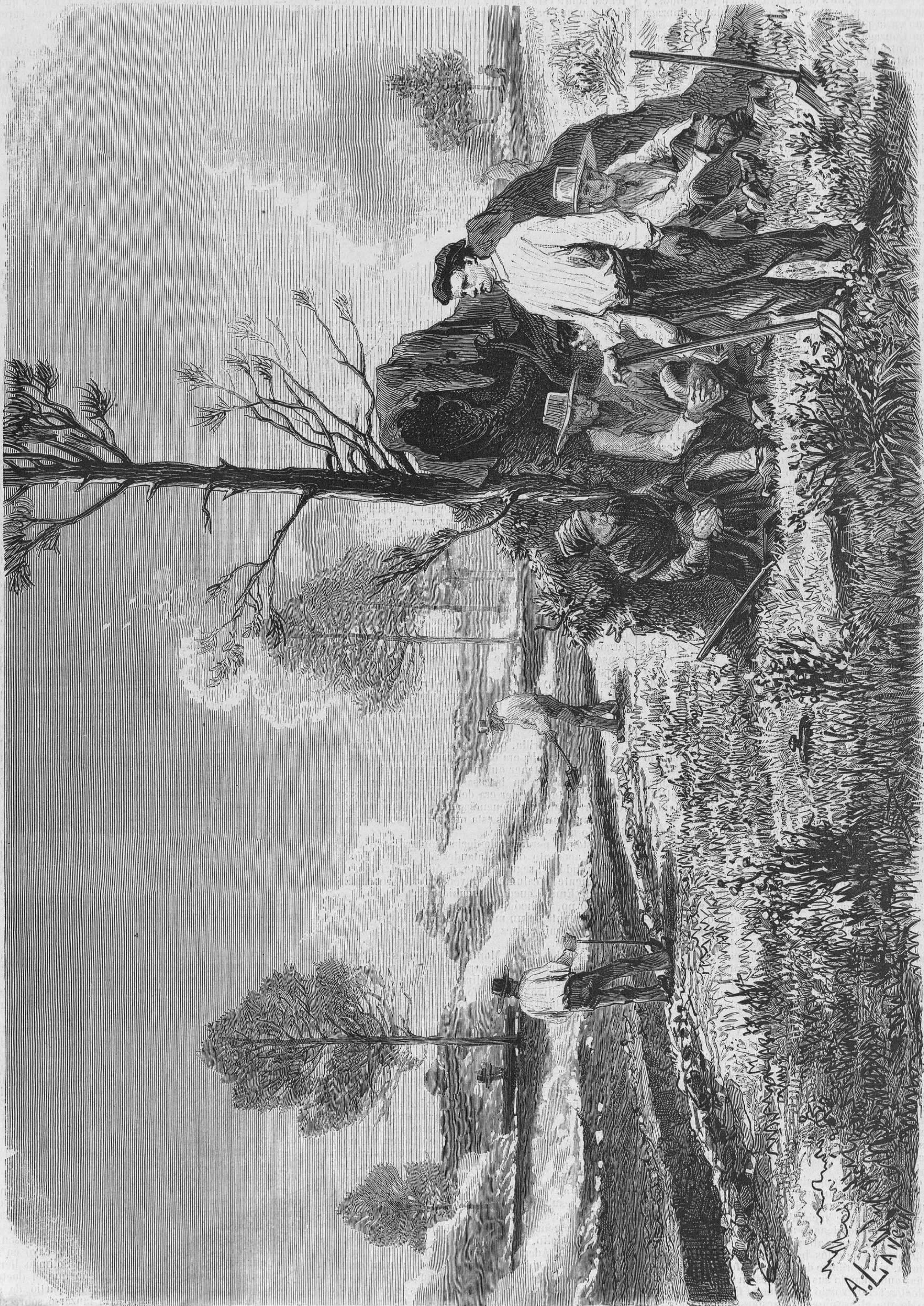
El doctor Témis se acercó á la mesa, recibió con desprecio el papel y al acabar de leerlo lo aplicó á la luz, que levantando una llama lo redujo á ceniza.

Monterilla, furioso con esta accion que revelaba estar todo descubierta, dió la señal convenida, y Soliman, levantándose con el puñal en la mano, ocultando la hoja tras el brazo, dió con mirada torva un paso adelante, lo mismo que el resto de sus compañeros; mas se detuvieron, porque en el instante que Monterilla dió la seña, sonó tambien en el aposento de los ataúdes el ruido de un cuerpo que caia, y abriéndose la puerta se presentó ante el doctor Témis, bamboleante y trémulo, el padre de Emilio.

— Hé aquí, gritó con voz convulsa, al verdadero Adolfo Castelvi, cuyo nombre se ha escrito por mi mano al pié de la calumnia, esperando lo borre la justicia.

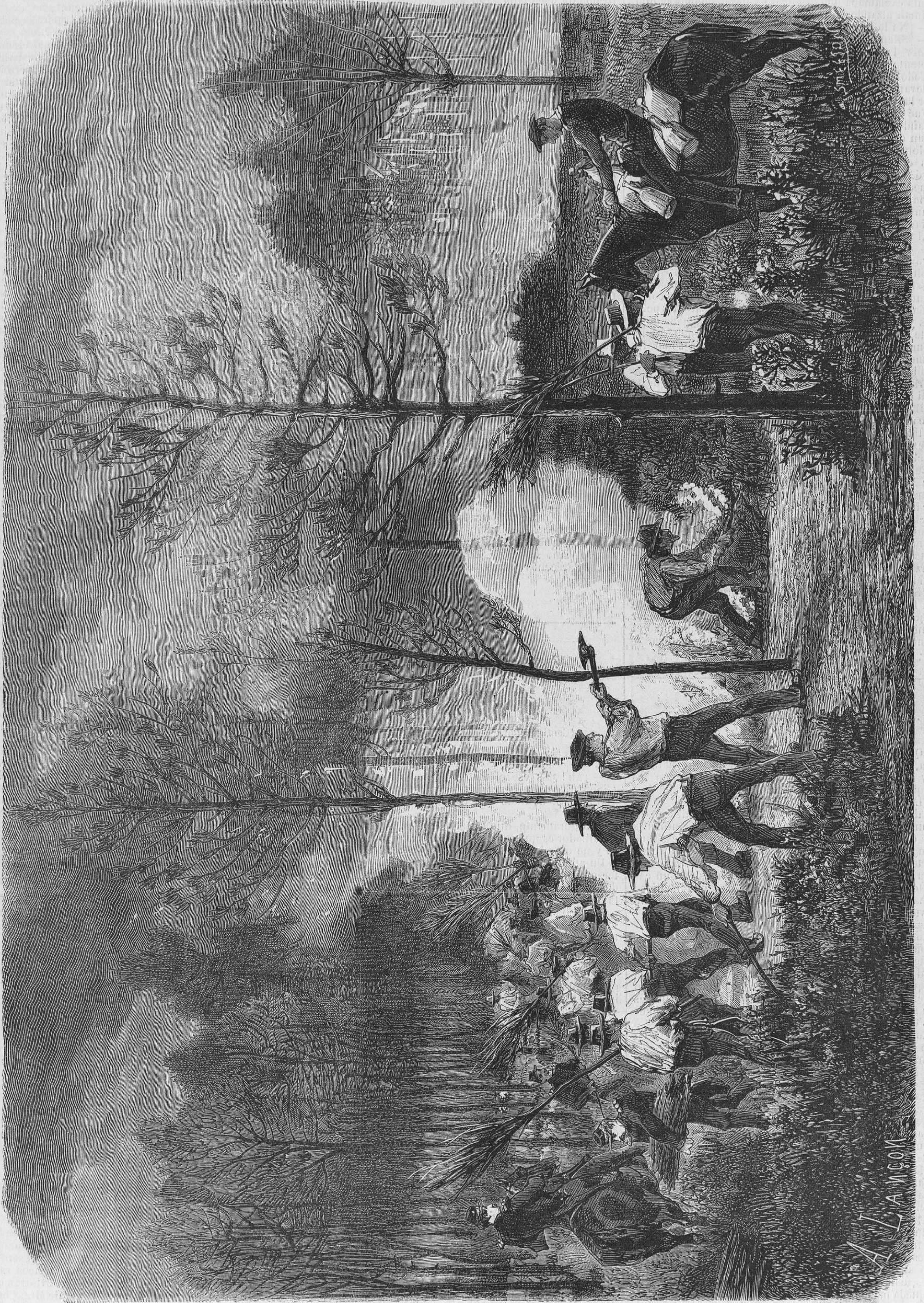
— ¡Ya está borrado por mí! exclamó el doctor Témis desembozándose y abriendo los brazos: En nombre de su hijo virtuoso, continuó, vengo á salvarlo á Vd. y darle el nombre de amigo.

Entre tanto Jorge salia cubierto de polvo del aposento donde no atreviéndose á herir á don Adolfo, cayó en la lucha enredado en uno de los ataúdes, y Soliman lleno de rabia, y con la misma prontitud con que el doctor Témis y don Adolfo se habian abrazado, partió de su puesto acompañado de la Daifa para lanzarse sobre sus víctimas.



LOS INCENDIOS DE LAS LANDAS. — Un puesto de observacion

A. LAITON



LOS INCENDIOS DE LAS LANDAS. — El contra-fuego.

Al tiempo que don Adolfo entre los brazos del doctor Témis exclamaba que lo salvase y llevase donde su hijo, Soliman alzando el brazo, gritó:

— ¡No lo llevará, y ambos morirán á nuestras manos!  
— ¡Silencio, miserable! gritó el compañero del doctor Témis desembozándose y corriendo sobre el asesino. ¡Detente y tiembla del rigor de la justicia!

Todos quedaron atónitos y confundidos; Monterilla se levantó de su asiento y Soliman y la Daifa dejaron caer las armas y retrocedieron llenos de confusion.

Fué el presidente del Estado el que se dejó ver allí, y dando una voz, mandó entrar á los gendarmes que, según orden previa, ya estaban en la puerta de la calle.

Monterilla y sus cómplices fueron aprehendidos, mientras el doctor Témis, dando su capa á don Adolfo, lo llevó á la casa del señor Osman, donde lo dejó por irse inmediatamente donde doña Gonzaga, para hacer apresar definitivamente al falso Adolfo y participar el triunfo á don Juan, que era quien se había quedado custodiando á este en la casa.

Al día siguiente habiendo ya variado las circunstancias, el doctor Témis sacó á la Cisne del convento, la llevó donde el señor Osman y con toda la familia, don Adolfo y don Juan partieron para donde Emilio.

Este se había mejorado y Santiago lo acompañaba cuando se presentó el doctor Témis en la choza y corrió hácia Emilio para pedirle perdón á sus aparentes perfidias y anunciarle á su padre inocente y á su amada constante. Emilio al oír la relación que le hacía don Adolfo en medio del doctor Témis y Adelaida, creía soñar los últimos raptos de felicidad que la virtud ofrece al moribundo; mas los abrazos de su padre y sus amigos, y la sonrisa halagüeña de Adelaida, lo convencieron de la realidad de su dicha.

Mientras Emilio acabó de reponerse, pasaron todos en el campo días muy agradables, particularmente para Santiago que debiendo residir en su hacienda, se gozaba en extremo de ver á la Cisne tan decidida por la vida apacible de las aldeas.

Cuando volvieron á la ciudad supo el doctor Témis que Monterilla y Soliman se habían fugado, porque fácilmente sobornaron á los gendarmes antes de llegar á la cárcel. Después asesinaron á Jorge, como culpable por su cobardía del mal éxito de los planes; pero el doctor Témis continuó activo en la persecución, hasta que por fin mas tarde, pero también mas caro, pagaron todos juntos sus antiguos y nuevos delitos, á pesar de los esfuerzos que hizo Enrique para salvarlos, excitado por la envidia que le inspiraba la felicidad de Emilio y Adelaida, Santiago y la Cisne, de los que procuraba vengarse con la maledicencia: mas ellos lo compadecían, en tanto que por otra parte colmaban de bendiciones al doctor Témis por la rectitud y energía con que persiguiendo el crimen, salvó la inocencia é hizo triunfar la justicia.

### Los incendios de las Landas.

¡Qué de calamidades este año! Sin hablar de la sequía, hé aquí ahora el fuego, su consecuencia natural. Hay incendios en Francia por todas partes. Arden los bosques y las montañas: en la actualidad se queman las Landas.

Sabido es que los arsenales de las Landas descansan en una capa de toba, compuesta de arenas aglutinadas por un cemento formado de materias orgánicas que llaman *alios* en el país. Si en el invierno el alio convierte las llanuras bajas en pantanos, en el verano esta capa se calienta, exhala miasmas deletéreos con un calor tórrido, y entonces se enciende con una facilidad suma. Este año, con tan fuertes calores el desastre era inevitable...

Las noticias que nos llegan son lamentables. Los departamentos limítrofes están ya invadidos por el incendio, como por ejemplo, el de Lot y Garona. En Casteljaloux, la aldea donde se ven las ruinas del castillo de los señores de Albret, viven en continua alarma porque les rodean los incendios. A cada instante tocan generala, sale la gente, observa y distingue las llamas que se adelantan en una extensión de muchos kilómetros de frente.

Lo mismo sucede en Damazan, en Castillonnet y en cien otros lugares de la comarca.

En cuanto llega ese caso los mas valerosos se arman con los instrumentos necesarios, se apoderan de los carruajes que tienen á mano y salen al encuentro al enemigo, terrible enemigo que todo lo devora á su paso, selvas, granjas, matorrales, cosechas y hasta el mismo suelo: á toda costa es preciso combatirle y vencerle.

Para esto abren á toda prisa una larga zanja como de un metro de ancha y otro tanto de profundidad; esta cortadura es lo único que puede detener el fuego que vigilan los puestos situados de distancia en distancia.

Tal es el asunto de una de nuestras láminas.

La otra representa otra manera de combatirle.

En los pinares encienden fuego contra fuego, y así es que llaman á este sistema el *contra-fuego*. Con efecto, es un aliado que empujan adelante pegándole palos. Los dos fuegos corren uno sobre otro silbando, chispeando, furiosos. Su encuentro es un choque formidable: las llamas saltan con el choque hasta por encima de los árboles, con este supremo esfuerzo caen y está concluido, no queda mas en el campo de batalla que las hileras de pinos verdes antes, y ahora negros sin resina.

Hemos dicho que los *mas valerosos* se arman; y efectivamente hace falta valor para arrostrar ese fuego de resina tan vivo que á cincuenta metros de distancia hace vacilar á los mas intrépidos. El calor es infernal. En el cielo un sol que abrasa, bajo los piés un suelo de fuego, y entre los piés y la cabeza una atmósfera que es otro fuego. ¿Y el humo? Nuestro corresponsal, autor de los dibujos, nos dice lo siguiente:

« El humo ennegrece aquí á todo el mundo: parece un país todo de carboneros. Es tan sutil ese humo que penetra los vestidos y cuando uno se desnuda se encuentra la camisa negra. »

En suma, el país está arruinado: es una desolacion, todo el mundo se ocupa de combatir el incendio y en poner á salvo lo que posee; pero ¿dónde se declarará? Esto es lo que se ignora. Dependerá de la dirección del viento, de una chispa que caiga aquí ó acullá al acaso.

A veces el fuego está encubierto uno ó dos días antes de estallar, se va ensanchando hasta que por fin aparece amenazador, terrible. En algunos minutos se prende todo un canton, y su marcha es tan rápida que mientras lo devora todo en el suelo, parece que perdona á los árboles. Sin embargo, no es así: la corteza se quema, la hoja también, el árbol está perdido y la llama sigue corriendo hasta que la detienen ó hasta que se detiene por sí misma, por falta de alimento.

En la imposibilidad en que están de prever la marcha del azote, se comprende que la gente se alarme y tome precauciones. A veces estas precauciones no sirven de nada. Por ejemplo, en la landa de Hornillies, una familia que huía escondió su ropa en un hoyo abierto en la tierra, volvió á pocos días y lo que halló fué un poco de yesca. El suelo había quemado la ropa. Es que el suelo arde también, arderá el país entero, como lo creen sus habitantes, lo que es muy malo, pues esta persuasión tiende á quitarles el valor que tanto necesitan.

Sí, lo necesitan mucho, porque la administración local no ha tomado medida ninguna; apenas en algunos puntos toma parte en la defensa comun. Así en Casteljaloux la gendarmería se ha conducido admirablemente; pero estos son hechos aislados; por lo comun, escasean en todas partes los socorros; y los pobres habitantes combaten solos contra el incendio. Hasta aquí han multiplicado sus esfuerzos; sin embargo, ya muchos se cansan y arruinados abandonan el país. Los que aun resisten piden socorro; piden, no dinero, sino hombres, tropas, para poder respirar un poco. Parécenos que es justo acudir en su auxilio.

L. C.

### Escenas de la vida inglesa.

#### EL OBRERO.

(Continuacion. — Véase el número 915.)

— ¡Ah! ¿Es ese el motivo del odio que me teneis? ¿Señor Cheetham, querriais hacer el favor de pedir á algun afilador honrado que examine estas hojas que he fraguado?

— Seguramente, dijo Cheetham. Teneis razon, Little, un afilador es quien debe juzgar el trabajo de un herrero y no otro herrero. Reynolds, examinad estas hojas.

Un afilador de una raza y de un tipo enteramente diferentes de los del sabueso se adelantó. Era un hombre de tez colorada, de cara franca. Examinó las hojas atentamente y con mucho interés.

— ¿Y bien, le preguntó Enrique, las ha fraguado un hombre que sabe, ó un aprendiz que ha venido para aprender su oficio?

Reynolds no le contestó; pero volviéndose á los obreros dijo:

— Compañeros, no ha mentido. La mano que ha fraguado estas hojas no tiene nada que aprender en Hillsborough ni en ningun otro taller.

— Gracias, señor Reynolds, dijo Enrique, con voz conmovida; es el primer rayo de justicia que he visto brillar...

No pudo decir nada mas.

— Vamos, le dijo M. Cheetham, no os conmovais tan fácilmente. Os ca. sareis con el tiempo. Venid á mi despacho que tengo algo que comunicaros.

La comunicacion se reducia á lo siguiente:

« Sed para mí, yo seré para vos. »

— Pero, señor, le dijo Enrique, creo que me veré obligado á dejaros si los comités rechazan mi proposicion. Es muy difícil para un hombre, y en una ciudad como esta, luchar con dos cuerpos de oficio. Pero tengo formada mi resolucion; en tanto que las Uniones no se hayan pronunciado en pró ó en contra mia, continuaré mi trabajo, y la liga de los obreros no me hará abandonar mi fragua.

— Es justo, dejad á esos canallas, que vociferen á su gusto. Bayne me ha dicho que habeis recibido otra carta anónima.

— Sí, señor.

— Escuchadme bien. Fuera de los talleres velad por vuestra seguridad, que yo me encargo aquí de velar por ella. Haced un anuncio diciendo, que todo obrero que se permita insultar á M. Little será llevado por mí á la

alcaldía, y que tendrá dos meses de cárcel. Poned un hombre en la puerta para que reparta á cada obrero que salga una copia impresa de este anuncio.

— Gracias, dijo Enrique con efusion; ¿pero la policia no deberia protegerme fuera de los talleres?

— ¡La policia! No, pues es lo mismo que si fuérais á buscar al macero de la parroquia. Cambiad de habitacion si creis que sabéis dónde estais. No les permitais saber dónde vivís. Comprad un par de pistolas, y si tratan de atacaros les podeis disparar uno ó dos tiros antes de que os hayan podido tocar. Ninguno de ellos dirá nada á la policia, aun cuando en ese juego hubiérais matado á su hermano. La ley no tiene voto aquí, Little; no teneis nada que esperar, ni nada que temer de ella.

— ¡Estamos en Inglaterra, Dios mio!

— ¿En Inglaterra? No, estamos en Hillsborough.

Este epigrama puso de buen humor á M. Cheetham, y al observarle Enrique que ni en su fragua ni en su taller estaba seguro, le contestó con tono alegre:

— ¡Oh! esto no es nada. Vuestra cerradura es de tornillos; el infame se habrá escondido en los talleres durante la noche; habrá desmontado la cerradura, dejado su carta y vuelto á poner la cerradura. Todo esto es un juego para un obrero de Hillsborough. Pero pronto pondré fin á estas cosas. Id á Chernet-street y comprad dos cerraduras Bramah de primera calidad. Al lado de vuestro taller hay una fragua de cortaplumas. Haré trabajar al obrero en el piso bajo. Pondreis las dos cerraduras Bramah en vuestras dos puertas y os guardareis las llaves. Hacedlo en seguida y os tranquilizareis. En adelante pasaré todo el día en la fábrica; de modo que podreis venir inmediatamente á llamarme si ocurre algo.

Como la fragua de Enrique se había enfriado en este intervalo, no volvió á su trabajo y pasó la tarde colocando las dos cerraduras Bramah. También siguió el consejo que le dió M. Cheetham, referente á la habitacion. En vez de ir á pié á su casa, tomó un coche y dijo al cocheró que lo llevara rápidamente hasta cierta avenida. Allí se apeó, atravesó corriendo la avenida, torció una esquina y llegó á su casa volviendo un poco atrás, y obrando como un criminal escapado á la justicia.

Pero al día siguiente, cuando entró en su cuarto y vió que no había ninguna carta ni ninguna especie de amenaza, se llenó de contento.

Como lo habrá comprendido el lector, entonces era cuando se dirigia dos veces por semana á Woodbine-cottage, y esculpía el busto de Gracia.

Aquellas horas deliciosas le recompensaban los sinsabores que sufría en la ciudad. Y hasta le fueron útiles ejercitándole á luchar dignamente con los cuerpos de oficio de Hillsborough. En Woodbine-villa tenia que contener en los estrechos límites del respeto una pasion ardiente, y en Hillsborough era otra pasion, la cólera, que tenia que dominar. Así fué que aprendió á dominarse, como rara vez sucede en su edad.

En el interin, un sábado supo indirectamente que se había defendido su causa en una asamblea general de las Uniones, que se habían pronunciado algunos discursos violentos, que no se había resuelto nada, pero que la mayoría le era contraria; esto le desanimó mucho, y su corazon se sintió mas atraído hácia la tranquila mansion donde las horas pasaban tan rápidas, pero tan felices para él.

El mismo día, á eso de las once, el cartero le entregó una carta tan mal escrita y tan mal dirigida, que había dado muchos rodeos antes de llegar á su destino.

Al primer golpe de vista conoció Enrique que era otro mensaje anónimo; pero empezaban á serle indiferentes y recibió este con cierta satisfaccion.

— Muy bien, se dijo, mis cerraduras Bramah hacen buen servicio; hélos aquí obligados ahora á mandar su veneno por el correo.

Pero apenas hubo leído aquella carta se sintió desfallecer.

« Eres astuto, le decian, pero no lo bastante. Sabemos dónde vas á hacer la corte; pero las ventanas son de vidrio y un buen fuego reducirá á ruinas la casa. Ni la materia ni los hombres faltan en Hillsborough, donde tantos golpes han dado á otros y que no dejarán de dárselos « á ella » al mismo tiempo que á tí. La pólvora sirve mejor de lo que tú crees. »

» Firmado :

» UN HOMBRE QUE TIENE INTENCION DE HACER LO QUE DICE. »

Al acabar de leer aquella diabólica amenaza, el joven Little se apoyó medio desmayado en el mango de su fuelle; y luego, haciendo un esfuerzo, fué á buscar á M. Cheetham y le dijo con aire triste y resignado:

— Señor Cheetham, siento teneros que decir que es preciso que me marche hoy mismo.

— No me digais eso, Little, os lo ruego.

— ¡Oh! os aseguro que es con mucho sentimiento. Nunca olvidaré vuestra bondad, pero un hombre sabe cuando está vencido, y yo lo estoy. Hé aquí lo que me decide.

Y entregó la carta á M. Cheetham; este la recorrió y dijo:

— No me sorprende vuestra alarma. Pero esto no es nuevo para nosotros; á todos nos han amenazado del mismo modo. La última vez que tuve disputas con los cuerpos de oficios, amenazaron á mi mujer con que me veria llegar á casa con las tripas fuera. Tal era el sentido de la carta, pero escrita en términos mas enérgicos, sacados del vocabulario de las Uniones. A mí me avisaron que los vestidos de la *vieja*... (Querian hablar de Mrs. Cheetham, que no tiene mas de veinte y seis años y era la

jóven mas bonita de Goventry, sin hablar de una dentadura de marfil que os daría gozo verla, mientras que todas las mujeres de Hillsborough, jóvenes ó viejas, no tienen una dentadura completa entre todas.) Me decían, pues, que los vestidos de la *vieja*, lo mismo que su cara de muñeca, podían fácilmente echarse á perder con un sueldo de vitriolo.

— ¡Monstruos!

— Pero todo esto era pura fanfarronada. Nos amenazan cincuenta veces y lo ejecutan una.

— No me expondré. Mi vida si quereis; pero la suya nunca, señor Cheetham, ¡oh! nunca

— Pero, repuso M. Cheetham, no corre ningun riesgo mientras no la veais. Podrían echar una granada á sus ventanas si estuviérais allí; pero no estando, no lo harán nunca. Creedme, Little, no son tan malos como parecen. Han hecho saltar á toda una familia para atacar á su enemigo; pero antes se aseguran que el enemigo está allí.

Llamaron á Bayne, que confirmó las palabras de M. Cheetham, y á fuerza de trabajo, lograron persuadir á Enrique que siguiera con ellos hasta saber el resultado de las Uniones, y que se abstuviera de visitar la casa de la colina. Es inútil decir que no sospechaban ni remotamente que dicha casa fuera Woodbine-villa.

Enrique se separó de ellos con el corazón despedazado, se dirigió del lado opuesto á Heath-hil, salió de la ciudad y dió vueltas al acaso en el campo.

Pronto se alejó de la carretera; atravesó un seto, donde había un sendero que se dirigía al borde de un riachuelo que bañaba la orilla de un bosque pintoresco. Llegó cerca de una rueda debajo de la cual había una esclusa construida en su origen por la mano del hombre, pero que ahora parecía un pequeño lago. Aquel sitio ofrecía un bonito aspecto; las ruedas y todas las máquinas eran viejas y rústicas, y los pequeños estanques apacibles y tranquilos. Allí, en aquel sitio retirado, el prosaico trabajo de afilar estaba embellecido y originalmente poetizado.

— ¡Ah! se dijo el pobre Enrique, qué feliz debe ser el hombre que trabaja al aire libre, y qué desgraciado soy yo de verme encadenado á una rueda de vapor en una inmundicia ciudad, en vez de estar aquí donde la naturaleza se encarga de dar vueltas á la rueda, donde el pájaro canta libremente, donde todo es frescura y pureza.

Pero la tristeza que le dominaba no le permitía disfrutar con tranquilidad de aquel espectáculo, cuya vista acabó por aumentar su tristeza. Se desvió y tomó con paso lento el camino de su casa.

Se sentó á los pies de su madre y apoyó su cabeza fatigada en sus rodillas.

— ¿Qué tienes, mi querido hijo? le preguntó con ternura.

— Las Uniones están contra mí, querida madre, y preveo que tarde ó temprano tendré que marcharme de Hillsborough.

— ¿Qué importa? querido hijo. La felicidad no depende del lugar donde se vive. ¡Oh! mi querido Enrique, suceda lo que suceda, no os indispongais con esos terribles obreros. El mundo es grande. Volvámonos á Londres, cuanto mas pronto mejor. Hacia tiempo que observaba que teniais algun disgusto; pero el sábado y el lunes... parecían ser vuestros mejores dias.

— Tendremos que concluir por eso, me lo temo, dijo Enrique, evitando el contestar á la última observacion de su madre. Sí, continuó tristemente, tendremos que acabar por eso.

Y suspiró con tanta pesadumbre, que su madre no tuvo valor para pedirle mas explicaciones.

Aquella noche, la madre y el hijo se quedaron mucho rato delante del fuego sin hablar una palabra. Enrique se entregaba á sus tristes pensamientos y Mrs. Little reflexionaba en lo que le habia dicho su hijo por la tarde. La pobre madre encontró pronto materia para justificar su inquietud. Contó á su hijo, uno despues de otro, todos los ultrajes que se habian cometido en Hillsborough, cuando él era niño, y que habian dado cada uno á su vez mucho que hablar.

Era un tema sobre el cual si Enrique hubiera tenido mas experiencia del bello sexo, le hubiera hecho callar, sobre todo á ella, que tan impresionable se habia hecho con el trágico fin de su marido. Pero la dejó hablar libremente y le contó que á un afilador le habian cegado y quemado con pólvora, y que así se lo habian llevado á su mujer, que á otro lo habian entregado á su madre, todo ensangrentado y tan magullado por los golpes que habia recibido, que estuvo nueve dias entre la vida y la muerte, sin poder pronunciar una palabra.

Mrs. Little habia empezado aquel horrible relato con una tranquilidad forzada, pero excitada luego por sus mismas palabras y por su simpatía hacia tantas madres desgraciadas, se puso á temblar como si tuviera calentura; y tendiendo sus manos desfallecidas hacia su hijo, exclamó:

— ¡Oh, Enrique! ¡Tened compasion de vuestra pobre madre! Pensad en el espectáculo que mis tristes ojos han contemplado... Le veo ahí... ¡Todo ensangrentado á mis pies!

Y sus ojos se dilataron horriblemente á estas palabras.

— ¡Oh! prometedme, por Dios, que estos mismos ojos no os verán nunca bañado en vuestra sangre... como él. Al acabar de pronunciar estas palabras, le dió un ataque de nervios tan fuerte, que asustó mas á Enrique que todas las amenazas de los miserables de Hillsborough.

Largo rato siguió en aquel estado, y Enrique le prodigó todos los cuidados necesarios. La convulsion se

calmó al fin; pero dejando á la pobre madre aniquilada, y con la cabeza apoyada en el hombro de su hijo.

Enrique habia sido siempre un buen hijo, pero nunca quiso á su madre como aquella noche. Su corazón sufría al ver aquella mujer en apariencia tan robusta, y sin embargo tan débil, tan temerosa, su compañera de juego en su infancia, su indulgente preceptor en la adolescencia, la mejor y la menos egoísta de todas las amigas que habia tenido y podría nunca tener, que le era tan querida por una vida toda de sacrificios, y que una larga serie de infortunios habia tan noblemente santificado.

La calmó, la acarició, se arrodilló delante de ella y le prometió solemnemente que no le traerian nunca á su casa ensangrentado ni magullado, y que se volverian á Londres inmediatamente, si las Uniones rechazaban su proposicion.

Así fué, que rechazado de Hillsborough por los cuerpos de oficio, por los temores que tenia por miss Garden y por los terrores de su madre, Enrique se sintió arrastrado por su suerte y cesó la lucha. Vencido y desanimado, se dejó llevar como un cuerpo muerto que vaga inerte á la voluntad de las olas.

Seguia manejando el martillo, pero sin gusto, sin energía.

Escribió algunas líneas á M. Jobson para observarle que era ya tiempo de que le dieran una contestacion terminante. Pero como no esperaba que la contestacion fuera favorable, la esperó con indolencia.

Así pasó una triste semana.

Y durante este tiempo, aquella á quien evitaba ver, á pesar de que su corazón sufría cruelmente, hacia injustas apreciaciones sobre él, y hablaba de ello con Jael Dence.

Las cosas seguian así, cuando una mañana Enrique encontró en su ventana dos cristales rotos.

En aquellos grandes talleres de quincallería, las ventanas están rara vez abiertas, ó por mejor decir, no lo están nunca. Se busca el aire rompiendo aquí y acullá un cristal, lo que hace un efecto tan feo como una boca enseñando á un tiempo dientes y agujeros. Este incidente no hubiera tenido ninguna importancia en cualquier otro taller que el de Enrique; pero daba que reflexionar en aquella pieza cerrada con cerraduras Bramah, cuya llave guardaba en su bolsillo el que la ocupaba. Los cristales debian haberlos roto por fuera. Pensó pues, que habian tirado á su cuarto una piedra con otro anónimo; pero miró por todas partes y no vió nada. Entonces una sospecha mas grave atravesó su imaginacion. Habian tal vez echado alguna materia explosible y fácil de estallar al pisarla. Hillsborough sobresalia en invenciones diabólicas de aquel género.

Enrique pensó en su madre y no quiso mirar aquello ligeramente. Se quedó inmóvil hasta que encendió un fósforo, y examinó atentamente el suelo del cuarto. No vió nada.

Encendió una vela y examinó todo el cuarto, y tampoco descubrió nada.

Pero acercándose á la ventana, que tenia dos barras de hierro de tres cuartas de grueso, descubrió en una de ellas una raya horizontal y brillante: la habian aserrado con una sierra fina.

Segun las apariencias habian tratado de entrar en el cuarto por la ventana.

¿Lo habian logrado?

Enrique meneó la barra: no estaba enteramente aserrada.

Cerró inmediatamente la fragua y subió á su taller, donde se quedó hasta que M. Cheetham llegó á la fábrica; y entonces le suplicó que fuera á visitar su fragua.

M. Cheetham accedió y examinó minuciosamente el cuarto.

Negó la posibilidad de que un obrero de Hillsborough hubiera sido incapaz de aserrar una barra tan poco gruesa.

— No, dijo, los han interrumpido, ó bien les ha venido otra idea. Puede ser tambien que no hayan calculado bien el tiempo y que piensen volver mañana. Esta noche, á las seis, haré poner un postigo de madera sujeto con seis goznes grandes de cada lado y que se alza fácilmente en medio; solamente, pondré en el interior un petardo hecho por mí.

— ¡Un petardo hecho por vos!

— Sí, como nunca habreis visto otro. Yo mismo le haré. No tendrá mas que cuatro pulgadas de largo, pero será tan ancho como mi mano y contendrá bastante pólvora explosible para hacer saltar el postigo á cincuenta piés de altura, y si uno de los agentes de Jobson está detrás del postigo, aprenderá á volar sin haber tenido que comprar alas.

— Pero, M. Cheetham, ¡proyectais la muerte de un hombre!

— Y él, ¿qué es lo que proyecta? Encended vuestro hornillo y dejad que me encargue de este negocio. Tambien soy de Hillsborough yo, y han concluido por cansarme.

Mientras Enrique encendia su hornillo, M. Cheetham habia cogido una regla y tomaba la medida exacta de la ventana. Cuando concluyó, bajó la escalera y atravesó el patio para volver á su despacho.

Pero no habia entrado todavía, cuando una cosa horrible pasaba en el cuarto que acababa de dejar; cosa tan horrible, que á pesar de su valor, se volvió gritando como una mujer.

Un enemigo tan infame como inhumano, por un medio sencillo pero ingenioso, que mas tarde fué revelado, habia logrado mezclar una cantidad de pólvora de cañon con las cenizas de la fragua de Enrique. En cuanto el

hornillo estuvo encendido, la pólvora se inflamó con un ruido espantoso; una espesa columna de llamas salía del cuarto, arrastrando un torrente de materia incandescente. Enrique, quemado, ennegrecido, cegado fué arrojado á la pared opuesta. Aullando de dolor, aterrado, pues nada hace perder la cabeza á un hombre como una explosion en un espacio pequeño, se lanzó hacia la ventana.

El choque fué tan grande, que la barra aserrada se rompió como un hilo, y al ver al desgraciado jóven lanzado sobre las piedras al través de aquel espacio, donde se iba probablemente á abrir la cabeza, M. Cheetham, horrorizado se puso á dar gritos.

La abertura era estrecha. El cuerpo pasó, pero el brazo derecho se encontró cogido á la altura del codo al rededor de la barra que quedaba.

— ¡Aseguraos bien, Little, aseguraos bien! exclamó M. Cheetham con voz atronadora.

Enrique obedeció maquinalmente. Los obreros que habian salido en tumulto al patio, vieron al desgraciado jóven ennegrecido y ensangrentado, sostenido por un brazo nada mas á una barra, dando gritos de espanto y mirando al suelo con ojos horriblemente dilatados, mientras que un humo espeso rodeaba su cuerpo como si hubiera estado ardiendo. La asfixia estaba detrás de él, y una muerte no menos cruel le esperaba abajo.

## VI.

## COMPARACIONES.

Al ver aquel carbon humano sostenido por una mano entre dos muertes seguras, el odio se convirtió en compasion, hasta en los corazones mas feroces, y los obreros se dispusieron con prontitud á salvar á su impopular compañero. Cogieron en el acto dos largas y anchas tiras de cuero de las que están en las ruedas de las máquinas, cuatro de entre ellos se colocaron debajo de la ventana, y poniéndose espalda con espalda, pasaron las correas por encima de sus hombros para tirarlas cada uno en distinto sentido. Esto era necesario para tender lo bastante aquellas tiras, que eran nuevas y pesaban cada una medio quintal. Otros obreros se colocaron en medio de las correas, é indicando á Little donde debia dejarse caer, se prepararon á recibirle en sus brazos, si el choque le hacia saltar.

Pero segun las apariencias, Enrique ni oia ni veia. Seguia allí suspendido, quejándose, deslumbrado y casi sin conocimiento.

— Déjate caer, muchacho, le gritó un obrero; estamos preparados para recibirte.

Enrique seguia quejándose y sin contestar.

— No caerá hasta que haya perdido completamente el conocimiento, dijo otro, despues de haberlo mirado atentamente.

— Entonces, acercaos á la pared, exclamó Cheetham alarmado, pues en cuanto suelte la barra caerá como una masa inerte.

Esta órden fué dada muy á tiempo, pues apenas los obreros habian cambiado de posicion, cuando Enrique, desprendiéndose de la barra, cayó como un plomo, con las manos para adelante, el cuerpo derecho y las rodillas algo dobladas. Tocó en las correas por debajo de las rodillas, y volvió á saltar en el aire como una pelota. Pero todos los brazos se habian extendido para recibirlo. Reynolds, el afilador, le cogió por un hombro y cayó con él en el suelo.

— ¡Muy bien! exclamó M. Cheetham. Ahora tendedle en el suelo, que es lo mejor que se puede hacer, y que uno de vosotros vaya en busca de un médico.

— Sí, sí, id á buscar á Jack Doubleface, gritaron algunos.

— Y ahora formad un corro y dadle aire, continuó Cheetham.

Los obreros obedecieron y se pusieron en círculo. Su compasion no se limitó á guardar silencio, sino que aun los mas groseros parecían los mas conmovidos. La inteligencia no era entonces necesaria para compadecer á aquel desgraciado jóven, cuyo aspecto bastaba para despertar todos los buenos sentimientos de aquellos hombres tan poco sensibles en general. Producía un efecto raro el oírles manifestar su compasion en el dialecto del oficio.

— ¡Es una vergüenza! decían.

— Hé aquí un obrero estropeado por algun endiablado bribon, que no era siquiera capaz de menear su fuelle. ¡Que el diablo le lleve!

— Aunque era un *cockney*, era siempre cortés.

— Y la vida le era tan cara como á cualquiera otro hombre de Hillsborough.

Enrique recobró bastante conocimiento para poder hablar, y las primeras palabras que pronunció fueron:

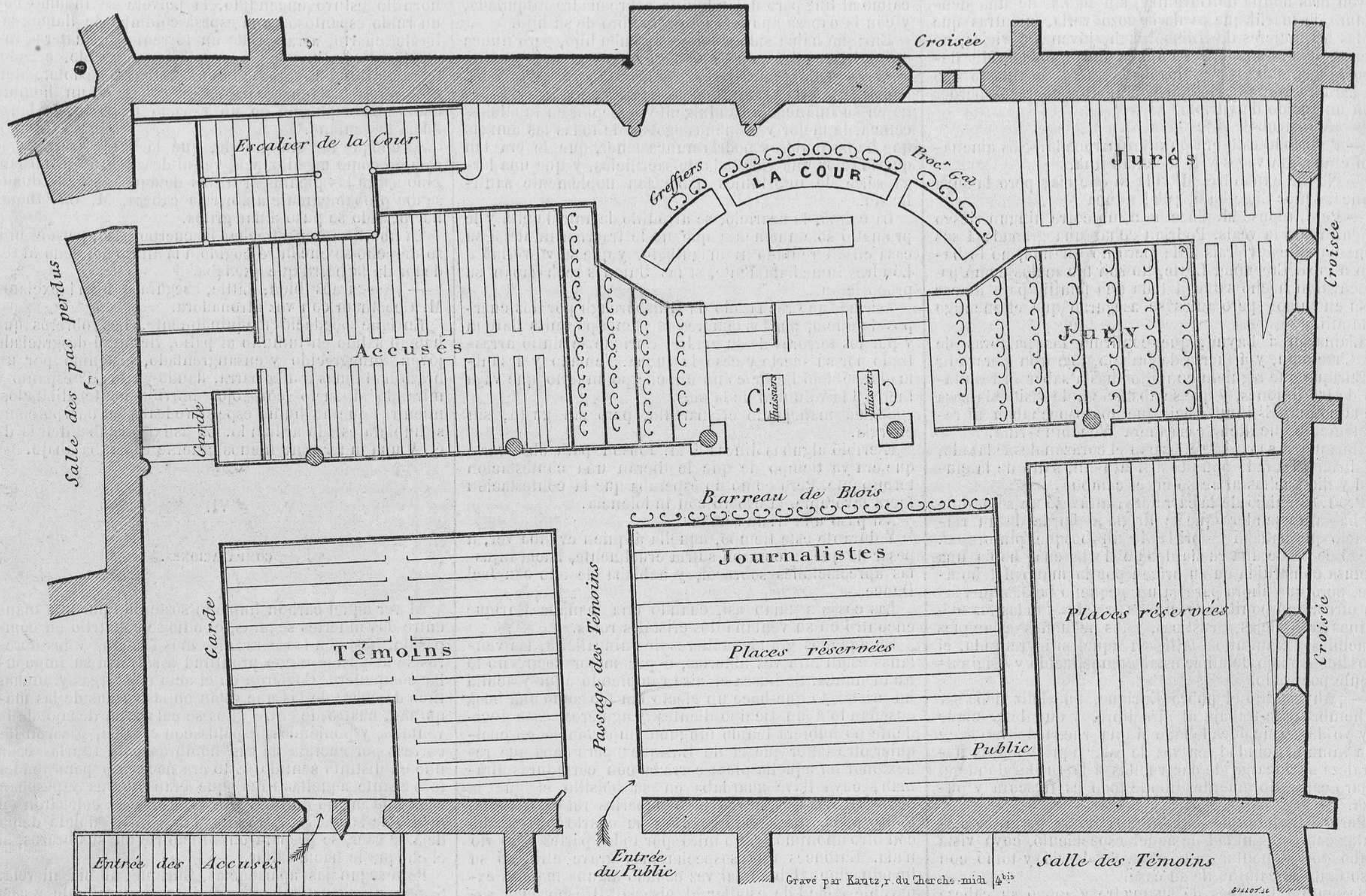
— ¡Madre mia! ¡Oh, no se lo digais!

Este grito encontró mas de un eco, y algunas caras se llenaron instantáneamente de lágrimas. Pero en el mismo instante un hombre de una estatura colosal separó el grupo de obreros, los que se apartaron respetuosamente diciéndose los unos á los otros:

— ¡El médico!

Era el notable personaje que llamaban Jack Doubleface. La naturaleza habia dotado con una cabeza de filósofo y facciones finamente cinceladas con una boca llena de gracia y de finura, á un cuerpo pesado y sin gracia, que se meneaba de un lado y otro cuando andaba.

El hombre del arte levantó los ojos hacia la nube de



EL ALTO TRIBUNAL DE JUSTICIA. — Nueva instalación de la sala de los Estados (palacio de Blois) donde tendrán lugar los debates.

humo blanco que flotaba encima del grupo, olfateó el aire y pronunció estas sencillas palabras:

— ¡Pólvora!

Y mirando á Enrique, que estaba tendido á sus piés, exhaló un ¡ah! con tono medio seco, medio triste.

Aquella sencilla interjección encerraba algunas frases significativas.

En aquel momento, algunos obreros atraídos por la curiosidad al taller de Enrique volvieron diciendo que habian hecho saltar la fragua, que los fuelles estaban hechos pedazos y el suelo cubierto de ceniza.

El médico puso una mano en la muñeca del herido. El peso de aquella mano grande y ancha era poco. El pulso del jóven, que habia estado muy débil, se agitaba ahora sobresaltadamente.

— ¡Idle á buscar un vaso de agua con aguardiente, dijo el doctor Amboyne. Y ahora, ¡al cirujano! ¿Cuál de entre vosotros cura los ojos en esta fábrica?

Un obrero de limas, delgado y alto, se adelantó y dijo: — Yo soy quien se encarga de curar los ojos á mis compañeros.

— Entonces hacedme el favor de abrir los ojos de este jóven.

El obrero adelantó una mano cuyos dedos eran extraordinariamente largos y delgados, y separó luego con el pulgar y el índice los párpados de Enrique, dejando á descubierto el ojo entero.

— ¡Hum! exclamó el médico meneando la cabeza.

Palpó luego al enfermo, y pareció que este exámen le tranquilizaba. Trajeron el agua con aguardiente, y mientras que los dientes de Enrique rechinaban en el vaso, el doctor Amboyne levantó repentinamente la cabeza, y echó una mirada investigadora á todos los que le rodeaban. Todos demostraban compasión. Uno solo, de aire feroz, parecia turbado y sobrecogido, como una persona que se acaba de despertar despues de una pesadilla. Era el afilador que habia reemplazado al que M. Cheetham habia despedido por haberse negado á afilar las hojas de un *cockney*.

— ¡Hum! repitió el médico.

Y pareció sumergido en tristes reflexiones.

Pero á poco rato continuó con animación:

— Veamos, ¿cuál era su crimen? ¿Debia seis chelines cuatro peniques á alguna sociedad de seguros mútuos?

— Eso es, dijo Reynolds enfadado, echad toda la culpa á la Union. Si supiéramos quién ha sido el que ha cometido el crimen, se veria, en menos de un minuto, arrojado en el suelo al lado de este, pero para no levantarse tan pronto.

Un murmullo de aprobacion acogió estas palabras.

M. Cheetham llamó aparte al doctor Amboyne, y le explicó quién era Enrique, y cuál era la causa de la que-

rella; pero el médico le interrumpió y exclamó:

— ¡Cómo! ¿este es el escultor en madera cuyo trabajo he visto en casa de M. Garden?

— Es él, sin duda alguna.

— Pero es un gran escultor, un verdadero Praxiteles en madera. ¡Ah! ¡bien han escogido para la pólvora! ¡Un obrero que hacia tanto honor á la ciudad!

Un ligero carmin de satisfacción coloreó un momento el pálido semblante de Enrique.

— ¿Doctor, preguntó este con voz conmovedora, viviré lo bastante para acabar el busto?

— Ese y ciento mas, querido amigo, si obedecéis mis prescripciones. El caso es, M. Cheetham, que este jóven no está herido; pero sus nervios han recibido un choque terrible, y es preciso que salga de aquí, cuanto antes. ¡Ah! mi brougham está á la puerta; que lo instalen, y lo llevaré á la enfermería.

— ¡No! dijo Enrique, no quiero ir; mi madre lo sabria.

— ¡Ah! ¿vuestra madre no debe saberlo?

— No, por nada en el mundo. Ha tenido ya bastantes disgustos. Voy á lavarme la cara y á comprar una camisa nueva; nunca sabrá lo que acaba de pasar, pues la mataria seguramente.

El doctor Amboyne le miró como aprobándole.

— Sois un buen muchacho, le dijo. Yo os ayudaré á salir del apuro, y á hacer que vuestra madre no lo sepa... Si vais á su casa con esta cara toda arañada, estamos perdidos. Ea, subid en mi coche y vamos á mi casa.

— ¿No puedo antes lavarme la cara? Y mirad, mi camisa está negra como el carbon.

— Lavaros la cara, naturalmente; pero abotonaos sencillamente vuestra levita, que ya encontrareis ropa en casa.

Trajeron la levita de Enrique, un cubo de agua y jabón. El jóven metió la cabeza en el agua, que se quedó al momento negra como tinta. La explosion habia llenado su cabeza de polvo y enmascarado su cara como la de un fogonero. La ablucion no le volvió su color natural: estaba pálido y lleno de arañazos.

Los obreros le ayudaron á subir al coche, á pesar de que hubiera podido hacerlo solo.

Mientras Enrique cambiaba de ropa en casa del doctor Amboyne, este preparó algunos medicamentos, dió orden de enganchar su *dogcart* en lugar de su cupé, é hizo que Enrique se instalara en él bien tapado con un gran capote, y se apresuraron á salir de Hillsborough.

(Se continuará.)

## El salon de los Estados

EN EL PALACIO DE BLOIS.

Ya hemos dicho en otro lugar de este número que las audiencias del Alto Tribunal tendrán efecto en la sala de los Estados del palacio de Blois.

Esta sala se halla dividida en dos partes iguales por una hilera de siete columnas que corona un muro con aberturas ogivadas. Su pavimento es de mosaico, y su cielo está pintado de azul con flores de lis de oro.

Se han tomado todas las precauciones imaginables para preservar la decoracion de esta sala, como por ejemplo, han instalado un suelo de tablas para proteger el mosaico, y han cubierto con madera las pinturas murales.

Segun el destino provisional que se ha dado á la sala (véase nuestro plano), el Tribunal, con los escribanos á su derecha y el ministerio público á la izquierda, dará frente á la puerta principal. Mas abajo de los escribanos estarán los abogados, y detrás de estos los acusados, teniendo en medio de los bancos un pasaje central para comunicar con sus defensores.

Enfrente de los abogados los jurados, y entre estos y aquellos los ugieres.

Así se ocupará una de las dos partes de la sala.

La segunda contendrá en el centro, enfrente de los ugieres, y por lo tanto del tribunal, los bancos reservados al foro de Blois, á los periodistas y al público con tarjetas; á la izquierda de estos bancos los de los testigos, y á la derecha y detrás otros bancos para el público.

El jurado y el Alto Tribunal entrarán en la audiencia por una escalerilla de madera esculpida y de hierro forjado y dorado que está en el fondo de la sala á la izquierda. Los acusados entrarán por una escalera que van á poner en el patio y que dará acceso por una ventana, y los abogados, los testigos y el público penetrarán por la escalera principal que da á la escalera Luis XII.

Los aposentos de servicio del Alto Tribunal en el palacio de Blois se distribuirán del modo siguiente: los acusados ocuparán las salas bajas de la parte de Gaston. La sala de los Guardias será la de los *Pas-Perdus*. La parte de Luis XII (2º piso) será para los testigos, así como la sala de entrada de los visitantes; la galería Luis XII para los abogados; la galería de la reina para los jurados; y para la fiscalía la sala de los Guardias, la de las grandes chimeneas, separada en dos partes. El cuarto de la reina será la sala del consejo, y el gabinete del procurador general estará al extremo de la galería de la reina, cuyo gabinete se reserva al presidente.

C. P. D.